

José Joaquín Fernández de Lizardi

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA

*Historia muy cierta
con apariencia de novela*

*edición de
Graciela Michelotti*

© - STOCKCERO - ©

Foreword, bibliography & notes © Graciela Michelotti
of this edition © Stockcero 2008
1st. Stockcero edition: 2008

ISBN: 978-1-934768-16-7

Library of Congress Control Number: 2008936385

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

ÍNDICE

ACERCA DE ESTA EDICIÓN	IX
INTRODUCCIÓN.....	XI
<i>Lizardi y su época</i>	
<i>La Quijotita y su prima</i>	
<i>Quijotita y Don Quijote</i>	
BIBLIOGRAFÍA	XXI
LA QUIJOTITA Y SU PRIMA	
ADVERTENCIAS PRELIMINARES	I
PRÓLOGO	3
<i>En una carta y su contestación</i>	
CAPÍTULO I.....	7
<i>En el que se da razón de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educación de ambas</i>	
CAPÍTULO II	17
<i>En el que continúa la materia del antecedente</i>	
CAPÍTULO III	31
<i>En que se refieren otros pormenores de la educación de las niñas Pomposa y Pudenciana</i>	
CAPÍTULO IV	47
<i>En el que se trata una materia entretenida</i>	
CAPÍTULO V	57
<i>En el que se trata un asunto de gravísima importancia</i>	
CAPÍTULO VI	67
<i>En el que luce mucho la instrucción y edificante conducta de la madre de Pomposita</i>	
CAPÍTULO VII.....	79
<i>En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó a escribir y contar a su niña, y una conversación que tuvo con su esposa</i>	
CAPÍTULO VIII	87
<i>En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mujeres</i>	

CAPÍTULO IX	97
<i>Refiere el cura los versos, y se trata sobre la profanidad de las mujeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno</i>	
CAPÍTULO X	109
<i>En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado</i>	
CAPÍTULO XI	123
<i>Que se trata de la primera educación de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector</i>	
CAPÍTULO XII.....	137
<i>En el que el coronel discurre sobre lo útil que sería que las mujeres aprendiesen algún arte u oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad</i>	
CAPÍTULO XIII.....	147
<i>En el que se da razón del motivo de la visita de Pascual; el coronel finaliza su discurso y se refieren otras cosas</i>	
CAPÍTULO XIV.....	157
<i>En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fue un sentimiento que tenía de su cuñado, y la satisfacción que este le dio</i>	
CAPÍTULO XV.....	165
<i>En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita y el casamiento de Culás y Marantoña</i>	
CAPÍTULO XVI.....	177
<i>En el que se refiere el principio de la triste historia de Carlota y de Welster. Este resuelve incorporarse a la Iglesia católica; hace un análisis de los fundamentos más sólidos de nuestra religión, recibe el bautismo, y va a la Habana a negocios de comercio</i>	
CAPÍTULO XVII	191
<i>Descubre Adelaida los amores de Carlota a su padre; se indigna este, y le hace recibir por fuerza el hábito de monja; pasa el año del noviciado y llega Welster la víspera de la profesión</i>	
CAPÍTULO XVIII	203
<i>En el que se concluye la historia de Jacobo y de Carlota</i>	
CAPÍTULO XIX.....	211
<i>Discurre el coronel sobre el estado religioso y comienza a instruir a su hija acerca del matrimonio</i>	
CAPÍTULO XX.....	219
<i>En el que se refiere la conferencia de Pomposita con una amiga suya y el solemne modo con que los colegiales le pusieron por nombre Quijotita</i>	
CAPÍTULO XXI.....	227
<i>En el que se cuenta una conversación que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa, y la gran cólera que hizo esta, cuando supo que le habían puesto Quijotita</i>	

CAPÍTULO XXII	235
<i>Tan pequeño como interesante a los que lo leyeran</i>	
CAPÍTULO XXIII	239
<i>En el que se trata de la historia de Irene</i>	
CAPÍTULO XXIV	251
<i>En el que continúa la historia de Irene</i>	
CAPÍTULO XXV	261
<i>En el que se da razón de las famosas exequias con que honraron la muerte de Pamela doña Eufrosina y la niña Quijotita</i>	
<i>Oracion fúnebre</i>	
CAPÍTULO XXVI	277
<i>En el que continúa el coronel instruyendo a su hija acerca del matrimonio</i>	
CAPÍTULO XXVII	291
<i>En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata</i>	
CAPÍTULO XXVIII.....	299
<i>En el que se refiere la conversación de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron a la tímida Quijotita</i>	
CAPÍTULO XXIX	313
<i>En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vio nuestra Quijotita por su fervorosa e imprudente virtud</i>	
CAPÍTULO XXX	323
<i>En el que se sigue tratando de la santidad de Pomposa, y su heroica resolución de ser ermitaña</i>	
CAPÍTULO XXXI	331
<i>Hallazgo de la ermitaña Quijotita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre</i>	
CAPÍTULO XXXII	335
<i>Juiciosa conducta del novio que se presentó a Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento</i>	
CAPÍTULO XXXIII.....	341
<i>En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana y los despilfarros de Pomposita</i>	
CAPÍTULO XXXIV.....	351
<i>En el que se da razón de una extraña aventura que le sucedió a Pomposita</i>	
CAPÍTULO XXXV	357
<i>Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita; desatinada inversión que le dieron al último dinero que esperaban tener y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable</i>	
CAPÍTULO XXXVI.....	363
<i>Noticia de dónde estaba don Dionisio, su nueva fortuna, su llegada a México y conducta que entabló. Por su mujer e hija cae en una cama y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en este lance</i>	

CAPÍTULO XXXVII	371
<i>El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de albacea. Eufrosina y la Quijotita continúan sus desbaratos. Pudenciana y su marido, constantes en su buena conducta, progresan. El coronel cuenta la historia de una viuda</i>	
CAPÍTULO XXXVIII	377
<i>Violento y desastrado casamiento de Pomposa; ruina de su casa; prisión de su marido; desengaño de quién era este, y prostitución de madre e hija. Muerte del coronel</i>	
CAPÍTULO XXXIX Y ÚLTIMO	385
<i>Duelo de la familia del coronel y gran trato de su viuda. Noticia de Pomposita y su muerte</i>	

ACERCA DE ESTA EDICIÓN

La presente edición ha sido confeccionada sobre la base de varias ediciones previas. En particular se han tenido en cuenta la edición de 1942, aparecida con el título de *La educación de las mujeres o la Quijotita y su prima*, publicada en la ciudad de México por la *Cámara mexicana del libro* y la segunda edición de la publicada en la misma ciudad, por la editorial Porrúa en 1973, con prólogo y notas de María del Carmen Ruiz Castañeda. Ambas han sido co-tejadas con la cuarta edición, de 1842, México, *Librería de Recio y Altamirano*, Portal de Mercaderes número 7. Esta edición se toma varias libertades con el texto, entre ellas el cambio de título, ya que es la primera que agrega la frase: *La educación de las mugeres* frente al título original de: *La Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencia de novela* escrita por el Pensador mexicano. Además se ha tenido en cuenta en forma parcial el texto de la segunda edición de 1831, publicada por la *Imprenta Altamirano*, a cargo de Daniel Barquera, calle de las Escalerillas, número 11, que es en realidad la primera completa que se conoce.

INTRODUCCIÓN

LIZARDI Y SU ÉPOCA

José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) es autor de gran variedad de textos entre los que se incluyen poemas, dramas, fábulas, folletos, panfletos políticos, centenares de artículos periodísticos y cuatro novelas. En 1816 publica la primera, *El periquillo sarniento*, considerada el primer ejemplo del género novelístico en la América española. En 1818 y 1819 aparecen publicados por entregas los dos primeros tomos de *La Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencia de novela*. Esta obra fue editada en forma completa, cuatro tomos, en 1831-1832 después de la muerte de su autor. De 1818 es también *Noches tristes y día alegre*.¹ La cuarta novela de Fernández de Lizardi, *Don Catrín de la Fachenda*, escrita en 1819 fue publicada también de manera póstuma. Todas se escribieron en medio del tenso período (1810-1821) que precede a la independencia de México.

Es como resultado de esas tensiones, y las consecuentes limitaciones de la época a la libertad de prensa, que Lizardi se concentra en el género de ficción a partir de *El periquillo*. En 1812, con motivo de la publicación de un artículo en el periódico de su creación, *El pensador mexicano*, se había visto obligado a pasar una temporada en la cárcel. Solo después de 1820, cuando se levanta la censura, vuelve a su labor de periodista. El hecho de que a Lizardi se lo conociera con el nombre de «El pensador mexicano», y que ese sea el nombre del autor en ediciones de *La Quijotita* hasta 1942, prueba que la relación con la arriesgada escritura de opinión estuvo siempre presente en la producción literaria de este escritor.

De familia criolla y de pocos recursos—su padre era médico y su madre hija de libreros— Fernández de Lizardi lleva en sus venas el respeto por las ciencias y las letras, pasión que corresponde al pensamiento ilustrado de su época, del que es vocero ejemplar.

Por Ilustración se entiende el movimiento de origen europeo que abarca, a grandes rasgos, desde los fines del siglo XVII hasta ya entrado el XIX. Es

1 La crítica disputa la cronología de estas apariciones: Jefferson Rea Spell considera que *La Quijotita* fue escrita en tercer término y Nancy Vogeley prefiere pensar que su creación corresponde al período inmediatamente posterior a la aparición de *El periquillo*.

el momento del despertar de la burguesía, cuyo asentamiento favorecen sus ideas, y Lizardi se propone, en toda su obra, sentar las bases de una educación orientada a instruir a los criollos independentistas que constituirán ese nuevo grupo social.

A principios del siglo XIX en el continente americano, coincidiendo con las ideas de la independencia, la organización del sistema educativo, que desde la colonia temprana había estado primordialmente en manos de la iglesia, sufre un giro fundamental. Este cambio ya se venía anticipando en la península, especialmente a partir de los contactos con el pensamiento francés ocurridos durante los reinados de los Borbones. Con Carlos III (1716-1788) se concretan muchas de las reformas que habían sido esbozadas en reinados anteriores. El conde de Campomanes (1723-1802), consejero de Carlos III, fue uno de los primeros en recomendar el educar a las mujeres en la práctica de un oficio.

Entre los importantes escritores dieciochescos que influyen en Lizardi es de destacar la presencia de Benito Jerónimo Feijóo, autor de *El teatro crítico universal* (1726-1786). El *Emile* (1762) de J. J. Rousseau, obra condenada por la Inquisición, llega a España y a México en el estudio presentado por Jean Baptiste Blanchard. Su *L'École des moeurs, ou reflexions morales et historiques sur les maximes de la sagesse*, de 1772, fue varias veces reeditada, traducida por Ignacio García Malo y publicada por primera vez en español en 1786. Jefferson Rea Spell (1924) afirma que Lizardi fue el primero en hacer referencia de manera abierta a Rousseau en México.

De importancia en lo referido directamente a las mujeres son también *El tratado de la educación de las niñas* (1687) obra del francés Fenelón, y *Eusebio* (1786-1788) del español Pedro Montegnon². Como señala Jean Franco (1999, 463), estos y otros escritores que influyen directamente en Lizardi ostentan una ideología conservadora en lo que atañe a la educación de las mujeres, que se apoya en la debilidad física de estas y en el rol primordial que cumplen en la familia como educadoras: *La Quijotita* define así su filosofía sobre las diferencias de los sexos: «De todo lo expuesto debes deducir, en primer lugar, que la mujer es inferior al hombre en cuanto al cuerpo, pero igual en todo a él en el espíritu» (Lizardi 54).

En el ámbito mexicano Fernández de Lizardi se inspira en el «Diálogo entre Cecilia y Feliciano sobre la educación de las niñas», conversación entre un matrimonio sobre su hija Matilde, que contrasta la educación de esta con la que recibía Epimania, hija de los vecinos, aparecida en el *Semanario económico de México* el 26 de noviembre³ y 6 de diciembre de 1810. Las cuestiones de carácter ecléctico tratadas por el periódico *Diario de México* (1805-1817), publicación en la que diferentes autores presentan por primera vez en México las ideas ilustradas a un público generalizado, también brindan a Lizardi una vasta fuente para los temas desarrollados en sus novelas.

2 En las notas al pie del texto de la novela se encontrará información detallada sobre otras figuras de influencia.

3 Esa es la fecha mencionada por María Rosa Palazón Mayoral. Ruiz Castañeda en su introducción dice 29 de noviembre.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA

La obra contrasta la educación de dos muchachas, Pudenciana y Pomposa, la Quijotita del título. Son hijas de dos hermanas, doña Matilde y doña Eufrosina, que se han casado aproximadamente en la misma época, viven en casas vecinas durante la gran parte de la novela y tienen niñas de la misma edad. Hasta aquí las coincidencias. En lo que respecta a la personalidad de las madres y la educación que ellas brindan las diferencias son marcadas. Doña Matilde, casada con don Rodrigo, que ostenta el cargo de Coronel, es la madre ejemplar, que atiende los consejos de su esposo y se dedica al cuidado de su hija con esmero. En las conversaciones con don Rodrigo, Matilde es la interlocutora necesaria para que este exponga los preceptos y doctrina educativa que Lizardi quiere promover. Doña Eufrosina, por otra parte, es la típica mujer de la nueva clase urbana que Lizardi critica. Ella, preocupada por asistir a fiestas, recibir invitados y creer en supersticiones, cede el cuidado físico y espiritual de su hija a criadas y vecinas. Su superficialidad refleja la de su esposo, don Dionisio, un hombre de carácter débil que se deja llevar por las vanidades de su mujer. Pudenciana, producto de una educación ilustrada, se casa bien, con un hombre de trabajo, don Modesto, y vive en paz con su esposo e hijos, acompañando a sus padres en la vejez. El matrimonio de Eufrosina y Dionisio fracasa por los problemas económicos a que es arrastrado por gastos descontrolados y Eufrosina acaba sus días en la cárcel. Pomposa, que no logra establecer una relación de afecto con ninguna de las personas que la rodean, muere joven y en la mayor miseria luego de haber tenido un aborto y haberse visto obligada a ejercer la prostitución. Así, la novela premia con una felicidad dulce y tranquila a los personajes orientados en una vida de orden y raciocinio y condena a su contrapartida a un descenso moral que va unido con el económico.

En Matilde Lizardi elogia a las madres que amamantan a sus niñas, que están en casa para educarlas personalmente y que se aseguran que lleguen vírgenes al matrimonio. Con la figura del Coronel se exalta la imagen paternalista del hombre ilustrado que enseña a su hija a leer de manera analítica, la hace practicar los rudimentos de las matemáticas y la inicia en el oficio de componer relojes. Esta tarea resultará esencial en el caso de sobrevenir la ausencia del hombre, que por tradición debe ocuparse del bienestar económico de la mujer y la familia.

Las malas influencias de una vida dedicada a las reuniones sociales donde abundan el chisme y la mojigatería, unidas a las lecturas religiosas y románticas tomadas al pie de la letra y sumadas a una cultura que fomenta el consumo condenan a Pomposita. De esta manera el concepto de la «educación de las mujeres» no se reduce a la educación de las hijas sino también a la ins-

trucción de los personajes femeninos en el poderoso papel de madres, destinadas a poner en juego la ideología de la Ilustración.

Aunque contemporáneas y vecinas, Eufrosina y Matilde pertenecen a dos Méxicos diferentes; el del pasado, que concibe a las mujeres como objetos decorativos, vacíos de capacidad razonadora y meros agentes reproductores y el del futuro que las hace buenas discípulas del hombre ilustrado. En ese sentido no son personajes completos sino representantes de ideas. No hace falta más que revisar los nombres de los personajes para corroborar su naturaleza de símbolos de sus características más destacadas: Don Rodrigo y Matilde ostentan nombres de abolengo castizo, Pudenciana tiene nombre de santa y don Modesto es un hombre de orígenes humildes que logra el éxito económico llevando una vida frugal y mesurada. Eufrosina es frívola, don Dionisio se deja llevar por el deseo de obtener satisfacciones inmediatas y su hija está llena de pompa y vacía de sustancia.

Algunos críticos han señalado una aparente contradicción en el texto: la mujer deber ser educada para poder así mantener más efectivamente las propiedades del hombre representadas por los hijos y el capital económico. Pero como señala Nancy Vogeley, en su espíritu didáctico la novela se centra en otras dos cuestiones de especial interés para el habitante de la colonia: ofrecer cambios en lo referido a la autoridad y la naturaleza de las mujeres. Lizardi sugiere que estos temas apuntan más allá del ámbito de la familia, a la que considera núcleo vital de la nueva sociedad, para extenderse a otras estructuras sociales e invita a reflexionar sobre la posibilidad de cuestionar la autoridad, representada específicamente por la jerarquía eclesiástica —que se opone a la educación de las mujeres— y al respeto ciego impuesto por los representantes de generaciones pasadas (Vogeley 193).

Como bien señala Jean Franco, para los contemporáneos de Lizardi la literatura era la responsabilidad de un grupo de personas educadas, la mayoría autodidactas, que la juzgaban en su sentido más amplio la base del buen gobierno. En vista de la heterogeneidad de las clases populares, considerada una amenaza al orden social, la elite intelectual propuso una sociedad más homogénea, más disciplinada y más uniforme, una sociedad «civilizada». (Franco, 1999 481-482).

El hecho de que en 1784 en España y luego en México en 1799⁴, por primera vez en la colonia, se permitiera que las mujeres trabajaran en un oficio (Arrom 27) pone en evidencia que Lizardi está haciendo eco en su novela de cambios concretos, no solo ideológicos, que se estaban implementando en la época. Aunque para la novela el lugar de la mujer es el hogar, espacio del que no deben salir ni siquiera los niños de temprana edad para ser educados en escuela de párvulos, solo el conocimiento de un oficio podría haber evitado que Pomposa terminara sus días ejerciendo el de prostituta, el único redituable para una mujer que no encuadra en el contexto tradicional

4 El presente de la narración en *La Quijotita* coincide exactamente con esta época (Ver Lizardi 262).

de dedicar su vida al matrimonio o el convento. De esa manera se entiende por qué Lizardi se muestra despectivo frente al oficio de costurera o bordadora, que siendo la labor tradicionalmente asignada al género femenino, era una actividad muy mal remunerada y, en repetidas ocasiones, una antesala al trabajo de la prostitución. Tanto el oficio de compostura de relojes, que aprende Pudenciana de su padre cuando niña, como el consejo que da sobre la necesidad que tienen las mujeres de conocer de asuntos de jurisprudencia para protegerse de los malos escribanos, aparecen en el contexto de la potencial pobreza: «... toda mujer, desde su niñez debe instruirse en estos pormenores, solamente porque es mujer, aunque sea rica, porque no sabe si llegará a ser pobre... » (Lizardi 140). Los datos sobre el número elevado de viudas y mujeres solteras en la colonia (Arrom 115) parecen garantizar esa preocupación. Claramente, el poder cumplir la tarea de mantener la posición económica que ha sido adquirida por el marido o el padre es otra de las ventajas que otorga la educación.

La sátira didáctica de Lizardi explica a los lectores (primordialmente un público femenino, como se explicita en la introducción) los buenos métodos de la crianza de las niñas y las consecuencias nefastas de la mala educación en estas. Aunque no se trate de un texto costumbrista, presenta al mismo tiempo un interesante recorte de la sociedad mexicana en vísperas de su independencia. Acompañamos a los personajes de Pudenciana y Pomposita en su camino desde la infancia a la madurez. Durante la adolescencia deben elegir qué rumbo tomar y qué niveles de independencia deben alcanzar con respecto a los modelos prefijados. De ese modo repiten las mismas preguntas que toda la sociedad colonial debe cuestionarse en un momento primordial de transición (Vogeley 161). En *La Quijotita* no hay posibilidad de redención (Vogeley 188) aun cuando esas elecciones sean incorrectas, como aparece en los relatos picarescos. Por una parte, Eufrosina no escucha nunca los consejos del Coronel, que aparece ante ella como una figura anticuada y paternalista y este mal uso de su libertad de elección la condena al fracaso. No contando con la presencia de un marido de fuerte personalidad, su familia se derrumba con ella. Por su parte, Pomposa no obtiene ningún beneficio personal de sus aventuras.

Sin embargo es necesario destacar que el personaje de Eufrosina despliega un cierto ingenio, con un discurso ágil e inteligente que no siempre produce, sobre todo en el lector moderno, una reacción negativa. En ese sentido se presenta como una contrapartida entretenida a las palabras de apariencia a menudo obsecuente de Matilde y el narrador. Lamentablemente, Lizardi sólo puede ofrecer una severa condena a este tipo de mujer.

Muchas de las actitudes criticadas por Lizardi en Eufrosina y su hija son características de las clases acomodadas urbanas y de las mujeres que perteneciendo a estas no saben cómo articular correctamente los cambios que ellas vislumbran en las relaciones de los géneros. Aunque ubicada en un período

en que se están gestando las ideas y las acciones independentistas de las que sin duda participaron las mujeres, el limitado espacio que ocupan los personajes femeninos en *La Quijotita* es exclusivamente el de la casa de ciudad. La familia de Pudenciana se ausenta del hogar una única vez, por solo un día, para asistir a las bodas campestres del hijo de don Pascual. El campo, visto como un lugar bucólico, poblado con personajes simples que deben trabajar la tierra para sobrevivir representa, por su relación con el pasado, un espacio ajeno a los intereses educativos del texto. Aunque es de notar que el coronel apoya, para los campesinos e indios «una educación proporcionada a su capacidad» (Lizardi 162), el campo es visto como un lugar bucólico, poblado con personajes simples que deben trabajar la tierra para sobrevivir. Por su relación con el pasado representa un espacio ajeno a los intereses educativos del texto.

Por consiguiente, cuando Pomposita se aleja de la casa para emprender su aventura de ermitaña y luego en sus salidas para ejercer la prostitución, solo la aguardan la burla y la tragedia. Las «salidas» de Pomposita remiten claramente a las de su antecedente literario, *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra.

QUIJOTITA Y DON QUIJOTE

El fantasma que perturbaba el juicio de don Quijote era creerse el más esforzado caballero, nacido para resucitar su orden andantesca; el que ocupa el cerebro de doña Pomposa es juzgar que es la más hermosa y la más cabal dama del mundo, nacida para vengar su sexo de los desprecios que sufre de los hombres, haciendo a estos confesar en campal batalla en el estrado, que la belleza es todo cuanto mérito necesita una mujer para atraerse todas las adoraciones del universo (Lizardi 224).

Don Quijote fue, desde el momento de la publicación de su primera parte (1605), muy popular en las colonias de América y desde temprano abundaron referencias al texto en imitaciones y parodias. Lynda Hutcheon define la parodia como una repetición con una diferencia. Según Hutcheon la parodia le permite al artista hablar a un discurso desde dentro. De esa manera el acto de parodiar es un homenaje respetuoso al mismo tiempo que un gesto irreverente y este juego está presente de manera clara en la novela de Lizardi que nos ocupa.

La clara división establecida por Lizardi entre Pomposa y Pudenciana corresponde a la definición que Scott Paul Gordon ofrece sobre el término «quijotismo», aplicado a narraciones hipertextuales que como esta derivan de la

famosa obra de Cervantes. Según este crítico el del quijotismo es un discurso que describe o establece una marcada diferencia entre un «nosotros» y un «ellos». La palabra «Quijote» es, en este contexto, un término negativo que sirve para distanciarse de la percepción del otro y para caracterizar esa percepción como errada, excesiva, aberrante. «Quijote» es una etiqueta que un grupo usa para describir a otro, una estrategia para descartar experiencias diferentes. Si se considera que la Ilustración propone que si fuera posible eliminar las barreras que impiden apreciar la realidad de manera «correcta», todo el mundo podría ver las cosas como realmente son (Gordon 3), entendemos de qué manera la referencia a Don Quijote cumple para Lizardi un papel fundamental en su proyecto educativo. En ese sentido *La Quijotita y su prima* repite el modelo de otras narrativas quijotescas ortodoxas, que aun cuando tengan figuras quijotescas con ideales atractivos, consistentemente critican la práctica de quijotismo y lo curan (13).

En el siglo XVIII era común la percepción de que el lector que no podía distinguir la realidad de la ficción era una mujer, de ahí que un Quijote femenino se presentara como una figura relativamente fácil de imaginar. En la novela atribuida a Tabitha Tenney, *Female Quixoticism, Exhibited in the Romantic Opinions and Extravagant Adventures of Dorcasina Sheldon* (1801) se sugiere, como en la obra de Lizardi, que las lecturas descontroladas que causan confusión en las jóvenes, generalmente fomentadas por madres que no ejercen bien su papel, arruinan a las muchachas y las deja incapaces de participar en la economía del matrimonio (39).

Las coincidencias entre los dos personajes de Cervantes y Lizardi abundan: como Don Quijote, Quijotita vive «loca» y muere «cuerda», consciente del daño ocasionado por sus equivocaciones y desvíos. El nombre del estudiante Sansón Carrasco, quien da a Pomposa su apodo, porque la considera, como otro Quijote, lúcida exceptuando a lo que se relaciona con la belleza y el amor, corresponde con el del bachiller cervantino.

A diferencia de la intención de enmendar entuertos del famoso caballero, la utopía que busca Pomposa, engañada por sus lecturas y el estilo de vida que promueve su madre, es la de encontrar un hombre rico, con títulos de nobleza, hermoso, amante de la vida de la corte y al mismo tiempo respetuoso de la libertad de la mujer. Este hombre ideal debe presentarse con la garantía de una fortuna inagotable, que a diferencia de Don Dionisio que lo ha perdido todo en dos ocasiones, sea fuente de constante placer.

Guiada por el ejercicio de leer mal, repitiendo los conceptos de memoria como un perico (del mismo modo que el personaje de *El periquillo sarniento*), Pomposa se deja llevar por las ficciones de la literatura romántica y religiosa y como su predecesor cervantino intenta hacer realidad un modelo caduco que solo funciona en su imaginación.

Se observan más similitudes cuando Eufrosina se enoja con su hija por el

resultado de su «primera salida» y destruye los libros causantes de su locura (Capítulo XXXI), en claro eco del accionar del cura y el barbero de Cervantes. Algunos textos inmolados por Eufrosina son de carácter religioso a los que se suman alrededor de quinientas novelas, entre las que se encuentra *Don Quijote*. Antes de su aventura de fanatismo religioso Pomposa se prepara vistiéndose de ermitaña como Don Quijote lo había hecho al adquirir las galas de caballero.

Al igual que Quijote, Pomposa comete errores al asignar identidades erróneas a ciertos personajes. En sentido amplio, Pomposa es una trágica víctima de su falta de claridad de raciocinio cuando cree en las mentiras de los hombres que le hacen promesas de amor sin intención de cumplirlas. Como ejemplo más concreto es interesante citar el episodio en el que Quijotita se dirige a los indígenas que la encuentran perdida como si fueran ángeles que vienen a socorrerla. Además del efecto cómico que esto produce, la novela enfatiza la importancia de mantener espacios sociales, culturales y éticos convenientemente separados. Pomposa no solo interpreta mal las apariencias sino también el lenguaje:

[El indio]... así para satisfacerla le decía: —Amo ladrón, magre, amo ladrón—, que era decirle en un mal castellano y mexicano: —No soy ladrón, madre, no soy ladrón—. Pero como Pomposa no sabía que amo en idioma mexicano quiere decir no, creyó que el carbonero decía que amaba a los ladrones, y arrebatada de su ardiente caridad, después de haber vuelto en sí de su primer disparatado juicio y conociendo que eran carboneros los que le parecieron ángeles, les decía: —¡No, hijos, no améis a los ladrones, porque os pervertiréis y seréis unos de ellos, cum perverso perverteris (Lizardi 329).

Además de leer mal, Quijotita traduce mal, demostrando con los indígenas la misma ignorancia de la que había hecho alarde al usar frases en latín. En este caso el problema atañe a importantes cuestiones de organización de la nueva nación, en especial si se tiene en cuenta la pluralidad lingüística de México. La ironía reside en que en esta ocasión Pomposa se muestra más ajena a la realidad, más «otra» que aquellos que son oficialmente marginados.

En lo que respecta al lenguaje se observa también que Don Pascual, el campesino honesto que trabaja las tierras de don Rodrigo, recuerda a Sancho Panza, especialmente por el exagerado uso de refranes que aparece en su discurso y por su lenguaje colorido.

El uso del neologismo «diabligato» (Lizardi 310) para referirse al gato al que Pomposa confunde con una aparición diabólica recuerda también el famoso «bacyelmo» inventado por el escudero de don Quijote.

Los relatos intercalados al estilo de Cervantes agregan un respiro al largo

diálogo didáctico que es central a la novela: el casamiento del hijo de Pascual, el cuento del desafortunado final de Gertrudis, la historia de Welster y Carlota, y la de Irene con Jacobo, son ejemplos de instancias narrativas que ocupan una parte importante del texto —lo que acontece a Irene está desarrollado en dos capítulos y la sección dedicada a Carlota y Welster ocupa tres— que agregan riqueza a la novela. Ambas representan los mejores momentos narrativos de la obra. Según Luis F. González Cruz estas novelas intercaladas, que tratan el tema del amor y de la manera en que los padres tratan a sus hijas, conservan una estrecha relación con el asunto de *La Quijotita*. Como señala el crítico, el hecho de que algunos de los personajes de una historia se entretujan con los de otra añade complejidad.

Como la obra de Cervantes *La Quijotita* presenta un marco narrativo en la forma de la carta de una tal «Curiosa» quien ha escrito al autor en búsqueda de una novela a la manera de *El periquillo* orientada a temas específicamente femeninos. El subtítulo original: *Historia muy cierta con apariencia de novela* también apunta al encuentro de la realidad y la ficción que en este caso están subordinadas exclusivamente al proyecto didáctico.

Además de las madres indulgentes y padres débiles o crueles la crítica se extiende a todo el sistema social: así aparecen beatas tontas, escribanos deshonestos, maestros inatentos y faltos de ética, estudiantes de enseñanza superior desocupados de sus estudios, hombres de dinero que abusan sexualmente de menores y sacerdotes que tienen actitudes egoístas hacia sus feligreses. Junto con la figura del Coronel se rescatan la del médico (que en forma de homenaje presenta varias características biográficas correspondientes a las del padre de Lizardi), la de la familia de Don Pascual que conoce su lugar en la escala social y lo respeta y el mismo narrador. Este, como testigo prácticamente mudo cuenta los acontecimientos de la novela desde la posición privilegiada de pupilo del Coronel. El narrador, que tiene el mismo nombre de pila que Lizardi⁵ es de origen pobre, está en la ciudad enviado por su padre y ve en el personaje del coronel una figura paterna que lo reemplaza antes y después de su muerte. Pareciera que la estima de Joaquín hacia don Rodrigo llegara a superar a la que siente por su padre, entre otras cosas porque su tutor tiene acceso a bienes materiales de los que Joaquín carece. Sin embargo, debe señalarse que desde el punto de vista de su tarea narrativa el lugar que ocupa es destacado y en ese papel tiene gran poder. En el Capítulo I nos dice que gracias a la puerta que se construyó entre las dos casas él puede enterarse con detalle de lo que sucedía en cada una. Como esa puerta, él está en medio, para observar en primera fila la caída de la familia de Eufrosina y el triunfo de la de Matilde con una actitud parecida a la Fernández de Lizardi, quien construye su novela a manera de experimento social.

El privilegio del narrador no se limita a su posición física sino al dominio que tiene sobre lo que se cuenta. Su ausencia, como en el caso de la salida de

5 El nombre del narrador aparece sólo en dos ocasiones en los capítulos XII y XXXVIII.

Pomposa, único momento en que ella está sola, sin miembros de su familia o Joaquín como testigos, resultan en un inminente peligro para la muchacha.

A pesar de su apariencia de transcriptor fiel de los acontecimientos y el contenido didáctico de los monólogos de don Rodrigo, él mismo confiesa que cuando se trata de un público al que no respeta no tiene empacho en mentir. Cuando relata la conversación con Eufrosina sobre su viaje apunta: «preguntas... a las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella» y más adelante agrega: «procuré cuanto pude economizar las mentiras, como que sabía que el coronel no era nada vulgar y podía sorprenderme cuando yo estuviera mintiendo más alegre.» (Lizardi 137). Según parece, el narrador, como el mismo Lizardi, tiene muy en cuenta quién es su público.

Además de contar lo que ve en contadas ocasiones participa en la trama como extensión de don Rodrigo. Más adelante declara que cumple con el pedido del Coronel de ayudar a Eufrosina y Pomposa: «... y por su orden les dejaba con disimulo en las almohadillas o canastas de costuras algunos socorros que me daba para ese objeto y con encargo especial de que nunca dijese nada a nadie» (357).

Joaquín, silencioso ayudante y omnipresente narrador testigo, como el mismo Fernández de Lizardi trata de disimular su poderoso dominio del relato, privando a sus lectoras contemporáneas de la bien merecida libertad de interpretación. Con su texto otorga a los lectores modernos un ejemplo claro de la presencia de típicas estructuras dicotómicas que organizan el pensamiento civilizador ilustrado que empiezan a aparecer en la época y se extenderán por América Latina hasta bien entrado el siglo XIX.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrom, Silvia Marina. *The Women of Mexico City (1790-1857)* Stanford University Press. California. 1985
- Franco, Jean. «La heterogeneidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana». *Hispanamérica* 12.34-35 (1983): 3-34
- _____ «Women, Fashion and the Moralists in Early Nineth-century México». Homenaje a Ana María Barrenechea. Ed. Lía Schwartz Lerner & Isaac Lerner. Castalia. Madrid. 1984
- _____ «Women, Fashion and the Moralists in Early Nineth-century México». En *Critical Passions*. Duke University Press. 1999. 461-475
- _____ «Waiting for a Bourgeoisie. The Formation of Mexican Intelligentsia in the Age of Independence». En *Critical Passions*. Duke University Press. 1999. 476-492
- Hutcheon, Linda. *A Theory of Parody: the Teachings of Twentieth-Century Art Forms*. New York. 1985
- Leal Luis. «The American in Mexican Literature». MELUS, VOL. 5, No.3, i.e. *Pressures of History* (Autumm, 1978) 16-25
- González Cruz Luis F. «El Quijote y Fernández de Lizardi: revisión de una influencia». *Cervantes: Su obra y su mundo*. Ed. Manuel Criado de Val. Madrid: EDI-6, 1981: 927-32
- González Obregón, Luis. *Novelistas mexicanos: José Joaquín Fernández de Lizardi*. México. Botas. 1938.
- Lasarte, Pedro. «*Don Catrín, Don Quijote* y la picaresca». *Revista de estudios Hispánicos* 23.3 (1989) 101-12
- Parkinson de Saz, Sara M. «Cervantes en Hispanoamérica: Fernández de Lizardi y Juan Montalvo». En: *Cervantes. Su obra y su mundo*. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes. Dirección Criado de Val. Madrid.1981 pp. 1059-1086.

- Scout, Paul Gordon. *The Practice of Quixotism. Postmodern Theory and Eighteenth-Century Women's Writing*. Palgrave Macmillan. New York. 2006
- Spell, Jefferson Rea. «Mexican Society as Seen by Fernández de Lizardi». *Hispania*, Volume III May, 1925 Number 3.145-165
- _____ «An Incident in the Life of Guridi y Alcocer and *La Quijotita*». *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 25, No. 3. (Aug., 1945) 405-408
- _____ «The Educacional Views of Fernández de Lizardi». *Hispania*. Vol. 9. November 1926 No. 5. 259-274
- _____ *Lizardi and the Birth of the Novel in Spanish America*. University Press of Florida. 2001

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA

*Historia muy cierta
con apariencia de novela*

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

Si alguna persona comprare esta obrita, creyendo hallar en ella invención singular, erudición escogida, método exacto, estilo brillante y todas aquellas bellezas que encantan y sorprenden en muchas obras del día, se llevará un buen chasco, sin duda alguna; pues solo encontrará una invención común, una erudición no rara, un método en partes incorrecto y un estilo sencillo y familiar.

Tal es el todo de la presente obrita; y esta ingenua confesión, si no basta a defenderla de los colmillos del Zoilo,¹ ni de la férula del Aristarco,² bastará a lo menos para probar que su autor no aspira a pasar plaza de sabio, sorprendiendo a los incautos.

Habiendo visto la favorable acogida que halló *El periquillo*³ en el público ilustrado de este reino, y habiendo también observado que se han desterrado de algunas casas estas o aquellas preocupaciones, mediante su lectura, me determiné a escribir esta obrita, considerando que acaso podría ser de provecho a no pocas personas; y como al escribir trato de conciliar mi interés particular con la utilidad común, de ahí es que muchas veces atropello a sabiendas con las reglas del arte, cuando me ocurre alguna idea que me parece conveniente ponerla de este o del otro modo.

No por esto se me esconde que se pueden dictar los mismos documentos cumpliendo con el rigor del arte, y tal vez con más gracia y mejor estilo; pero ¿qué tengo con saber que se puede hacer una cosa con perfección, si yo carezco de la ilustración y genio propio para hacerla?

Por tanto ofrezco al benigno público esta obrita, así como he podido escribirla, deseando que sea útil y esperando que los sabios disimularán los defectos que no hubiere sabido corregir o evitar mi escasa penetración.

También debo advertir, que aunque está dedicada al bello sexo, no será enteramente inútil al otro, por las íntimas relaciones que tienen ambos entre sí.

1 Zoilo: (c. 400 - c. 320 a.C.), filósofo sofista y crítico implacable.

2 Aristarco: (310-230 a.C.), astrónomo y matemático griego.

3 *El periquillo sarniento*: primera obra de Fernández de Lizardi, publicada en 1816.

*

Queda abierta la suscripción en esta Capital, en el Portal de Mercaderes cajón de D. Domingo Llano, y en la oficina donde se imprime esta obra, siendo su precio 2 pesetas, 2 reales para México, y 2 pesetas, 4 reales para fuera, por este primer tomo.

Cada semana saldrán cuatro pliegos, los que se llevarán a las casas de los SS. Suscriptores, previniendo a quien se lo deje de llevar, ocurra al lugar donde se suscribió dentro del tercero día, para reponerle los que le falten, siempre que la culpa esté en el repartidor; pues no justificando que fue así, no quedamos de modo alguno responsables de los descuidos de los criados de las casas, o de la omisión de los dueños.

NOTA: Las personas que quieran tener su obra al fin, limpia, completa y curiosa, deben cuidar bien sus pliegos, y en caso de prestarlos, ver cómo y a quién, pues no todos saben tratar bien un papel.

Por no observar esta advertencia se han quedado mucho con *El periquillo* sucio o incompleto.

PRÓLOGO

EN UNA CARTA Y SU CONTESTACIÓN

Señor Pensador:

He leído con gusto la obrita de usted que tituló *El periquillo sarniento*, y con decirle que la he leído con gusto, la alabo bastante, porque soy poco amiga de leer, y tal ha de ser un libro para que no me canse y merezca que le vea el fin, favor que me ha debido *El periquillo* de usted.

Entre otros frutos que he sacado de la lectura de esa historieta, ha sido uno reflexionar en el empeño con que critica usted las costumbres de los hombres extraviados, la sal con que procura ridiculizar los vicios más groseros y el conato que pone en divertir e instruir a sus lectores.

Pero, señor Pensador, ¿todo ha de ser a costa de los hombres y para el provecho de ellos? ¿Nunca se ha de acordar usted de las mujeres para darles una enjabonadita? ¿Cree usted que somos irreprochables, o le parece que nos haría un agravio con emplear su pluma en nuestra corrección? Advierta usted que en nuestro sexo hay muchos abusos y muchas preocupaciones perniciosas, comenzando desde nuestra primera educación. El amor propio nos ciega más que a ustedes, y los hombres, cuando dicen que nos aman, no hacen sino empeñarse en cegarnos más.

Síguese que pocos autores, o tal vez ninguno, ha escrito contra nuestros defectos en un estilo que nos pique, nos enseñe, corrija y divierta. Casi cuantos hasta hoy han escrito sobre esta materia se han dividido en dos bandos: unos han tratado de instruir a nuestros padres acerca del modo de educarnos, amontonándonos bellos rasgos metafísicos, bastante erudición y un sinnúmero de reglas acaso impracticables. Los otros no se han entretenido sino en satirizarlos hasta lo más inocente, en llenarnos de oprobios y en procurar excitar la risa de sus lectores a nuestra costa.

Ya ve usted que si el fin de los primeros es laudable, ha sido igualmente infructuoso; porque las niñas, que algún día han de ser madres, por lo común no son aficionadas a esta clase de lecturas serias, que parece no hablan con ellas.

El fin de los segundos es demasiado soez e indigno, pues hablan mal de lo mismo que apetecen, solo por saciar su espíritu locuaz y maldiciente.

Sería, pues, una empresa recomendable dar a luz una obrita que, sin zaherir generalmente al sexo, ridiculizara los defectos más comunes que en él se advierten.

Tal clase de trabajo sería útil y digno de nuestro aprecio, pues lo leeríamos con gusto, creyendo no estar comprendidas en aquella pintura, y a nuestras solas o a sangre fría advertiríamos que en muchas materias la sátira y la reprobación recaían sobre nosotras, que éramos los legítimos prototipos de aquellos retratos imaginarios.

El plan de esta obrita presenta desde luego un espacioso campo, no solo para divertirnos y satirizar nuestros defectos, sino para instruir a los padres y madres acerca de nuestra educación, para descubrir los ardidés y artificios de que se valen los hombres para seducirnos y arruinarlos, y para enseñarnos los antídotos más eficaces para precavernos.

Un librito semejante puesto en las manos de una niña de diez años, produciría mejores efectos que los de la diversión y pasatiempo; pues a la hora crítica se vendrían muchos lancecillos a la memoria de la tal niña, y contendrían como un freno sus primeros desordenados movimientos.

En fin, señor Pensador, yo estoy paseándome en unos prados muy deliciosos que no existen, estoy recomendando el mérito de una obra que deseo y no se ha escrito. Quisiera a la verdad que probara usted su pluma para este utilísimo trabajo. El genio de usted, serio y observativo, su poco o mucho mundo que tenga, su estilo adecuado para el caso, me hacen creer que si emprende este trabajo, no puede ser de ninguna manera infructuoso.

Conque anímese usted y coadyuve a los buenos deseos que tengo de abrir los ojos a las damas. Ello, ya advierto que es algo dificultoso; pero lo fácil ni contrae mérito ni demanda recomendación ni elogios. Lo arduo sí, se debe emprender aunque no se consiga, porque solo el pretenderlo es digno de la estimación universal.

Estos generosos sentimientos, fruto de la lectura de *El Periquillo*, han agitado mi fantasía y puesto la pluma en mi mano para suplicar a usted, aunque sin mérito, que escriba una cotorra o lo que quiera, según la idea que le presento; y de su atención y cortesía espero no quedará desairada su incógnita servidora que B. S. M.,⁴

LA CURIOSA.

4 B.S.M.: acrónimo por «*Besa su mano*».

RESPUESTA

Señorita:

La idea de usted es liberal, sus deseos apreciables y su estilo insinuante.

A pesar de todo esto, conozco lo débil de mi talento y lo mal cortado de mi pluma para emplearlos en semejante obra.

Pero aun suponiéndome capaz de desempeñar el designio de usted, no quisiera conciliarme el aborrecimiento del bello sexo, que sería como necesaria consecuencia de las verdades que estampara.

Confieso a usted con la mayor sencillez, que sea por mi edad, por mi constitución enfermiza, por el conocimiento de mi ningún merito, por mi experiencia, por mi corta fortuna o por lo que usted quiera, no me atrevo a mendigar los favores de las mis señoras; y así, el temer hablar contra algunos defectos o preocupaciones de muchas, no es por excusar sus dengues⁵ ni desvíos, sino porque presumo que algunas me contarán en el número de los segundos escritores que usted menciona.

Yo creo que algo conozco a las mujeres, y por una constante experiencia y observación, he echado mis pronósticos a muchas, y casi siempre los he visto cumplidos al pie de la letra, lo que me hace pensar que quizá escribiría con tino en la materia; pero cuando así fuera, no podía menos que granjearme una porción de enemigas, que a veces son más terribles que enemigos; y lo peor es que me las adquiriría a mi pesar, pues no escribiría mi obra, ni acusaría de ningún defecto a las damas, del que no recayera la culpa en la mayor parte de los hombres, lo que era un bello modo de lisonjearlas.

Pero si todo este artificio no bastaba, ¿qué haríamos sino sufrir su terrible anatema y exponernos a ser el blanco de sus maldiciones y tizeretadas inexcusables?

Mas después de todo, yo no he de desairar a V. Voy a escribir una obrita, y esta no será una novela, sino una historia verdadera que he presenciado, y cuyos personajes V. conoce.

Por ventura se acordará usted bien de la *Quijotita y su Prima*, damas harto conocidas en esta capital. Pues la historia de estas madamas voy a escribir por complacer a usted.

La una de ellas presenta todo el fruto de una educación vulgar y maleada, y la otra el de una crianza moral y purgada de las más comunes preocupaciones.

En el contraste de estas dos educaciones se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas el fruto de la lectura, que será o deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito de buen obrar.

Si usted no quedare complacida, el defecto estará en mi corto talento, y no en mi decidida voluntad con que deseo servirla y me ofrezco a su disposición como su afectísimo servidor que S.P.B.⁶

EL PENSADOR MEXICANO

5 *Dengue*: melindre que consiste en afectar delicadezas, males y, a veces, disgusto de lo que más se quiere o desea.

6 *S.P.B.*: acrónimo por «Su pie besa».

CAPÍTULO I

EN EL QUE SE DA RAZÓN DE QUIÉNES FUERON ESTAS DOS SEÑORAS, Y DE
LA PRIMERA EDUCACIÓN DE AMBAS

En una de las casas de esta populosa ciudad vivía doña Eufrosina Contreras, mujer de don Dionisio Langaruto, y hermana de doña Matilde, esposa de don Rodrigo Linarte, coronel retirado de no sé qué regimiento.

Estos últimos señores vivían pared en medio de la casa de don Dionisio; pero tan inmediatas estaban las habitaciones, como distantes los genios de las hermanas y concuños; porque don Dionisio era semijoven, rico y totalmente dado al lujo y a lo que dicen gran mundo; y el coronel ya se acercaba a los cuarenta y cinco años de edad, su fortuna era algo mediana y su carácter serio y cortesano.

El primero solo pensaba en el juego, bailes, tertulias, modas y paseos; y el segundo, sin declinar en ridículo ni extravagante, se divertía sin disiparse y se entretenía, lo más del tiempo que tenía desocupado, en la lectura de buenos libros.

Como las mujeres, por lo común, siguen el ejemplo de los maridos, Eufrosina era una petimetra o curra⁷ de las últimas modas; su casa una perfecta sociedad de caballeros almidonados, y su vida un continuado círculo de diversiones y alegrías.

Doña Matilde, por el contrario; acostumbrada desde muy niña al reposo de su marido, se divertía grandemente con el cuidado de este y de su casa, y cuando quería desahogarse lo hacía con su clave, que tocaba diestramente.

No por esto se entienda que su esposo era un mono que la privaba de otra clase de diversiones honestas. Nada menos: ella tenía y correspondía sus visitas y se franqueaba⁸ a cuantos convites le hacían, especialmente a aquellos cuya asistencia prescribía la amistad y política; pero siempre en compañía de su esposo y nunca tratando de sobresalir en lujo; sencillez que la hacía más estimable de las gentes sensatas.

Sin embargo de lo opuesto de los naturales de estas dos familias, se

7 *Curra*: maja; que afecta libertad y guapeza. Que gusta por su simpatía u otra cualidad.

8 *Franquear*: conceder algo con generosidad.

amaban con extremo, ya por los vínculos de la sangre, y ya por la prudencia del coronel y su esposa, que jamás se oponían a sus hermanos, ni chocaban contra su gusto, antes condescendían con ellos en cuanto no les era perjudicial, con cuyo arte cultivaban el cariño de día en día.

Tanto creció este, que no pudiendo sufrir las hermanas la separación de casas, aunque tan inmediatas, trataron de que se abriera una puerta en la pared que las dividía, haciendo de este modo de las dos casas una, y facilitando el vivir juntas y separadas a un mismo tiempo.

Abriose, pues, la puerta, se estrechó más la comunicación, como era regular, y esta puerta me facilitó observar más de cerca la conducta de ambas familias, porque yo pertenecía a la de don Rodrigo, con quien vivía, por ser mi tutor.

Casi a un tiempo estuvieron grávidas las dos hermanas, y casi a un tiempo dieron a luz los frutos de sus vientres con la mayor felicidad, aunque estos no la lograron igual en el discurso de su vida.

Doña Eufrosina, después que parió a su hija, a quien pusieron por nombre Pomposa, la entregó al brazo secular de las tías y nodrizas, y no la volvió a ver hasta que la sacó a misa. Su mayor cuidado y conato fue curarse y fortalecerse con buenas gallinas y ricos vinos, los días que la preocupación⁹ señala de cama a las paridas. Con semejante esmero se levantó famosa y rozagante, al mismo tiempo que su hermana doña Matilde tenía algo quebrado el color, por razón de que criaba a sus pechos a su niña Pudenciana.

Entre las visitas de la casa, no faltaban algunas señoritas que celebraban la robustez de Eufrosina, apoyando el arbitrio de no criar a sus hijos.

—Haces muy bien, niña —le decían—, haces muy bien de no criar a tus hijos. Yo así lo hago, y ya ves qué buena salud gozo después de haber parido ocho muchachos.

—Con razón —decía otra—; yo pariera veinte y no criara uno; porque la crianza acaba a las mujeres, y por fin, no es moda, ni se quedan estas cosas para las personas de nuestra clase, sino para las pobretas y gente ordinaria.

—¡Ya se ve que sí! —decía otra—. ¿Qué dijera la marquesa Tijereta, la Tremenda y otras señoritas que visitan esta casa, si vieran a Eufrosina criando a su hija como una chichi alquilona?¹⁰

—¡Jesús! ni pensarlo —decía una chatilla¹¹ remilgada. —A mí nada me va ni me viene; pero se me encoge el corazón de ver a tu hermana Matilde cargando al nene todo el día, y a este chupándole la mitad de la vida; no en balde está la pobre tan descolorida y flaca, que parece gato de azotea. ¡Qué ordinario y qué mezquino debe ser el viejo de su marido!

—Yo harto me mortifico de estas cosas —respondía Eufrosina—, harto le decimos a don Rodrigo, y aun nos hemos ofrecido a pagarle la chichi; mas no

9 La preocupación consiste en que sean precisamente cuarenta días de cama, y no más ni menos, cuando este tiempo ya debiera ordenar según la constitución y robustez de la paciente, y no según una rutina que inventó el chiqueo y no la necesidad (Nota que aparece desde por lo menos la edición de 1842. En adelante: Ed. 1842).

10 *Chichi alquilona*: nodriza. *Chichi* designa a los pechos de mujer (ver nota 205 p. 148).

11 *Chatilla*: diminutivo de *chata*: nombre cariñoso y familiar que se da a las mujeres, sin atención al tamaño de su nariz.

hay forma de entrar por el aro; siempre nos sale con que es obligación precisa de las madres; que la que no lo hace así no merece este nombre, y otras tonterías semejantes.

—Sí, lo creo —decía la chata—, si vieras qué trabajo me costó imponer a mi marido a que pagara chichiguas para sus hijos, ¡oh!, eso fue mucho. ¡Sobre que el señor mío estaba acuñado a la antigua y presumía de muy filósofo y racional! ¡Qué sermones me echaba, qué comparaciones me ponía y qué cuencillos me hacía leer!; pero no le valió. Mí constante respuesta era decirle que todas estas eran faramallas¹², vejestorios y arbitrios de mezquinos; que yo era una señora decente, y era muy mal visto en las de mi rango esa clase de trabajo y tarea, propia de la gente ruin y miserable, y que, por último, yo estaba resuelta a ahogar a los muchachos antes que permitir que ellos me exprimiran la última gota de mi sangre.

Cuando mi marido oía semejantes razones hacía del enojado y se marchaba a la calle. Me acuerdo que en mi primer parto, en una de estas, se fue y no vino hasta la noche sin traer chichigua, creyendo que yo me había de ablandar a los gritos del muchacho; pero ¡cuándo! El lloró hasta que se cansó, sin querer tomar la leche que le daban las criadas, mas no probó la mía. Hubo en casa por esto un san Quintín desesperado, cuando lo supo mi marido; pero yo conseguí salirme con la mía y que lo criara una negra retobada como el diablo, y creo que gálica,¹³ por señas que el niño se murió a pocos días medio podrido, y desde entonces, ya mi marido tiene buen cuidado de buscar chichis robustas a sus hijos.

Algunas de estas conversaciones pasaban delante de doña Matilde, y esta sencillamente las refería a su marido, quien le decía:

—Hija, no hagas caso de las producciones de esas locas. El ídolo que adoran es su carita, y con tal que esta no desmerezca, poco cuidado se les da de atropellar las leyes de Dios y de la naturaleza. Mucho y bien han declamado los sabios contra este abuso; pero nunca lo bastante para exterminarlo de las sociedades...

A este tiempo tocaron la campanilla de la escalera, abrieron el portón, y entró precipitadamente en la sala haciendo un terrible ruido con las espuelas y seguido de una vieja, un payo¹⁴ con su mangota embrocada, su paño de sol en los hombros, sus botas de campana y dos perritos en las manos, y sin quitarse el disforme sombrero dijo:

—Ave María, seor amo...

—¿Qué es esto, Pascual? —le preguntó el coronel— ¿qué te ha sucedido?, ¿qué tienes que te vienes ahogando?

—¡Qué he de tener, señor! —decía Pascual (que era mayordomo de un ranchito que tenía el coronel)—, ¡qué he de tener! Estas son unas picardías, unas perradas que no se pueden aguantar entre cristianos. No sé cómo no caen rayos a manojos y acaban con la ciudá.

12 *Faramalla*: charla artificiosa encaminada a engañar (coloquialismo).

13 *Gálica*: enferma de sífilis.

14 *Payo*: campesino.

—Pues, vaya —repetía el coronel—, ¿qué te ha sucedido?

—¡Qué me ha de suceder! En malhora me encargó el señor cura de mi tierra que tragiera una carta en la calle de... de... quién sabe cómo se llama la calle; pero ello es que el rétulo¹⁵ de la carta era para la señora Lustrina...

—Liduvina se llama mi ama, que no Lustrina —decía la vieja muy enojada—, ¡habrase visto!, ¿que hasta eso más es usted ponennombres?, ¿o ya se metió a arzobispo para confirmarla?

—Todo está güeno —decía el payo—, ¿cómo dice que se llama su ama?

—La señora doña María Liduvina...

—Axcan,¹⁶ ansina, eso es —reponía Pascual—, así se llamará, sino que como yo tengo mal güido¹⁷ se me había olvidado; pero el cuento es, seor amo, que yo juí a la casa y llegué, ¿y qué hago?, subo, entro de sopetón hasta la recámara, y me jallo a la señora Luterina dándole de mamar a estos dos cachorros, sin tener tantita caridá de un probe muchachito de tres meses que estaba tirado a sus pies en una saleyita¹⁸, dando el pobre angelito unos gritos que hasta se desmorecía,¹⁹ y croque era de hambre, porque se chupaba las manitas y se revolcaba como culebra. Yo no me pude sofrenar, y así le dije a la señora:

—¿No juera mejor que le diera de mamar a ese probe niño, que al fin es cristiano como nosotros, y no a esos perros que tiene colgados de las chichis? ¡Si a mano viene será su hijo el muchacho! —Lumbre le quemaron en los lomos a la tal Lustrina o como se llame; porque poniéndose más colorada que un huachichil,²⁰ me dijo:

—¡Quítese de aquí el payo bruto, barbaján,²¹ majadero, entremetido! Y ¿qué le va o qué le viene que yo dé de mamar o no a mi hijo?

Yo le dije:

—Sí, me va, porque la leche que le da a los perros, más mejor se la diera a ese niño, y yo no he de consentir tal picardía.

Y diciendo esto, le arrebaté los cachorros y me salí corriendo para acá en casa; pero en la calle me alcanzó esta maldita vieja, que a pura juerza quere que se los dé, y yo no se los quero dar, porque son más güenos para el rancho a conforme están de gordos y grandotes.

—Sí, señor, ansina es como el señor lo cuenta —decía la vieja—, pero ya verá su mercé, que desde anoche se jue la chichi, y no se jalla otra ni por Dios ni por sus santos, y por eso lloraba el niño; porque como la leche de mi ama está retesa,²² no se la puede dar porque se empachará el pobrecito.

15 *Rétulo*: por *rótulo*.

16 *Axcan*: (México) ahora está bien, así es.

17 *Güido*: (popular) oído.

18 *Saletiya*: diminutivo de *zalea*: cuero de oveja o carnero, curtido de modo que conserve la lana, empleado para preservar de la humedad y del frío.

19 *Desmorecer*: respirar de manera perturbada por el llanto o la risa excesivos.

20 *Huachichil*: frijol de color punzó que no se come. Úsase de esta frase vulgarmente para significar que alguna persona se pone muy colorada (Ed. 1842).

21 *Barbaján*: toscó, rústico, brutal.

22 *Retesar*: atiesar o endurecer algo.

—¡Mire qué caso! —decía Pascual— y ¿quién le ha mandado que la deje retesar?, ¿por qué no le dio de mamar dende los principios, que a fe que no se le retasara?

—¿Qué cuentas tengo yo con eso? —replicaba la vieja—, ¿acaso yo la mando o es mi hija? Pero, señor, a la probe de mi ama le viene tanta leche, que por más remedios y porquerías de la botica que le mandan los médicos, no se le puede retirar, y por eso cada rato es menester que los perros le vacíen los pechos; ¡ya se ve, que es tan enferma la probe señora!...

—¿Qué enferma ha de ser? —respondía Pascual—, si la viera, mi amo, qué colorada está y más gorda que un marrano capón, y con dos tetas tamañotas, que a fe que para vaca chichihua²³ valía un dineral; mañosa será ella, que no enferma. Muy rala será la mujer que no pueda criar a sus hijos por enferma. ¿No mira a mi ama, doña Matildita, cómo está criando a su niña y no se enferma?

—Pues en fin, yo no vengo a chismes ni averiguaciones —decía la vieja—, deme usted mis perros y acabadas cuentas, que Dios sabe los pasos que me cuesta andar la ceca y la meca en busca de los perros; y ansí haberlos, que ya me voy y se me hace malobra.

—Pues yo no doy los perros, es gana —decía Pascual—, dos tigres le diera yo para que le comieran los entresijos a su ama por verduga de su hijo; y ya se puede ir de aquí la señora alcahueta de los perros; porque si no, por vida mía que colicencia del amo le he de cortar las orejas con este cuchillo. Diciendo esto, se sacó de la bota un puñal, y amenazó a la vieja con tan buen aire de enojo, que la pobre huyó más que de paso, rezongando sesenta retobos y desvergüenzas contra el payo; pero iba tan de prisa que por poco tira a su amo, que a este tiempo iba entrando por la sala, el cual se quedó sorprendido al ver a Pascual con los perros en una mano y con el cuchillo en la otra amenazando de muerte a su cocinera.

Apenas don Rodrigo advirtió por algunas palabras sueltas que aquel caballero era el esposo de doña Liduvina, cuando haciéndole tomar asiento, lo satisfizo con toda urbanidad del desacierto de su criado Pascual. A lo que el caballero dijo:

—Ya yo veo que este buen hombre ha hecho esto por amor de mi hijo, lo que debo agradecer. También le tengo dicho a Liduvina que se ponga en los pezones botellas con agua caliente, y no perros, que puedan darle una mordida y costar caro; pero ella no entra por el aro. Está decidida por los perros, porque dice que estos chupan breve y no con la broma²⁴ de las botellas.

—¿Pero no fuera mejor —decía el coronel— que la señorita criara a su niño, supuesto que tiene tanta y tan buena leche? Seguramente en este caso el niño estará más sano y robusto y se ahorrarán ustedes de médicos, boticas, nodrizas, perros y botellas.

—Es verdad —reponía el señor de los perritos—, pero ¿qué quiere vuestra señoría, si es menester condescender con las mujeres? Como yo estoy recién

23 *Vaca chichihua*: vaca lechera.

24 *Broma*: hecho o situación que causa incomodidad o inconvenientes.

casado y la mía es joven y bonita, trata de cuidarse, y es preciso darle gusto. Si fuera fea, seguramente yo no me metería en tantos cumplimientos:²⁵ ella criara a sus hijos, o no los criara; pero es de mérito y es menester cuidarla. Ahora mismo me mandó por los perros, y me ha de hacer vuestra señoría favor de que los lleve, porque si no habrá en casa una del demonio.

El coronel no quiso contestar más con aquel necio, y mandó en tono de amo a Pascual, que diera los perros a aquel señor, pues cada uno sabía lo que había de hacer en su casa.

Pascual con alguna repugnancia volvió los perros, y el interesado los entregó a la vieja, que los recibió con mil manos, y llenándolos de besos les decía:

— ¡Ay, hijos míos de mi alma, y en qué grandes peligros han estado!

Acabada la ridícula ceremonia de la vieja, los envolvió en su rebozo, y amo y criada se despidieron del coronel y de su esposa, pero no del payo, que los miraba con ojos encarnizados. Por fin se fueron, y de este modo acabó la graciosa aventura de los perritos de leche.

Luego que los de la casa estuvieron solos, el coronel hizo sentar a Pascual, y encaminando la conversación a su mujer le dijo:

— ¿Ves confirmado lo que te acabo de decir, de que es difícil exterminar este abuso de las sociedades que llaman cultas? El es tan antiguo como funestas sus consecuencias. En la historia romana se cuenta que siendo dictador Cornelio Scipión, cometieron un grave delito, unos oficiales de guerra, por el que fueron condenados a muerte. Se empeñó lo principal de Roma para conseguirles el indulto, mas fue en vano; el juez estaba inexorable. Se empeñó su hermano de Cornelio, y nada pudo conseguir. Últimamente,²⁶ y por no dejar diligencia que hacer, interesaron para el mismo empeño a una hermana de leche del dictador, y apenas esta rogó por los delincuentes cuando fueron declarados por libres. Esto no pudo menos que agraviar a su hermano, quien manifestó su queja a Cornelio; pero este se disculpó diciéndole: — «Hermano, te aseguro que yo tengo por más madre a la que me crió y no me parió, que a la que me parió y al instante me abandonó a ajenos brazos, porque esta no es verdadera madre; y pues solo a la que me crió tengo por madre, justo es que a su hija la tenga por verdadera hermana y muy amada.»

Con tan oportuna respuesta quedó reprendida la conducta de la madre, vengado el hijo, premiada la nodriza, satisfecho el hermano, y callada la murmuración de los que no comprendieron este misterio.

De los dos Gracos²⁷, famosos romanos, se lee también que tuvieron un tercer hermano bastardo, muy valeroso y afortunado en la guerra, el cual, viniendo triunfante del Asia, entró en su casa, y hallándose en ella a su madre

25 Es una observación. Pocas desairaditas por la naturaleza tienen chichiguas que críen a sus hijos, así como pocas bonitas con tal cual proporción dejan de tenerlas. ¿En qué estará esto? (Ed. 1842).

26 *Últimamente*: finalmente. Usado siempre con este significado en el resto del texto.

27 *Los Gracos*: Los hermanos Tiberio Sempronio Graco y Cayo Sempronio Graco, políticos y militares del comienzo del período de la República en Roma (133 a.C. - 121 a.C.), famosos por sus acciones en el Senado y sus revueltas. Hijos del general y estadista Tiberio Sempronio Graco y de Cornelia, de la familia de los Escipiones.

y a su ama de leche, o chichigua, como acá decimos, regaló a la madre una cinta de plata, y a la chichi un joyel de oro y piedras finas. La madre se agravió por la desventaja; mas él la avergonzó diciéndola: —«No te admire, madre, el que haga esta distinción, pues tú solamente me cargaste en tu vientre nueve meses, y nacido me echaste de tus brazos, recogíendome en los suyos mi nodriza, alimentándome y cuidándome tres años con el mayor cariño. Mira si puedo decir que le debo más que a ti.» —¡Justa reprensión que debe escuchar la madre que con mucha robustez abandona sus hijos a otros brazos, por el criminal motivo de no desmejorar su semblante!

Todavía no se ve en este reino, ni Dios lo permita, otra circunstancia más cruel en el mismo caso, que se ha visto en otras partes, y es enviar los hijos, luego que nacen a que los críe la nodriza en una aldea o pueblo lejos de la ciudad en que viven las madres, quienes no vuelven a verlos hasta que andan, hablan y comen por su mano. ¡Abuso excesivo, que ha sido causa de mil equivocaciones funestas, que después nos han divertido en comedias o tragedias!

Reinando Alejandro en Macedonia, y siendo rey de los epirotas²⁸ Artabano,²⁹ tuvo este un hijo, al que desterró a una aldea en poder de una chichigua. Algunos lo supieron, y sobornando a esta con dinero, le hicieron tener en su casa a un niño, hijo de un principal caballero, quien se llevó al hijo del rey a su casa y le nombró de hijo. En este error se mantuvieron los dos niños, hasta que murió el rey padre, y dejó por heredero al que creía que era su hijo, esto es, al que volvió la nodriza de la aldea. Iban ya a coronarlo, cuando la ama declaró que aquel no era hijo del rey, sino el que tenía en su casa el caballero fulano. De esto resultaron dos partidos y de ellos una guerra intestina tan cruel, que en ella se mataron los dos pretendientes a la corona, en una batalla que costó muchas vidas a los infelices ciudadanos.

Por este motivo estableció el Senado una ley por la que mandaba «que todas las mujeres criasen a sus propios hijos, y que las princesas y señoras enfermizas criasen a lo menos al primogénito». «Yo aseguro, dice un autor español,³⁰ que no dejará de haber algunos mayorazgos sin hijos ni herederos, y que los legítimos andarán, tal vez, vendiendo arena y ladrillo o siendo peones de albañil. Lo cierto es que solo el que cría la madre a sus pechos puede asegurar que es su hijo, o el que se cría en casa y siempre a la vista.»

Aquí no hay tanto exceso; pero yo he conocido más de dos señoras que luego que paren entregan al niño a la que se encarga de cuidarlo y criarlo, y no lo vuelven a ver hasta que anda. Tú conoces a tu hermana; no es necesario ir muy lejos.

La enfermedad verdadera o una causa legítima, como la conservación de la pública honestidad, excusan a las mujeres de criar ellas mismas a sus hijos. Una madre que no puede lucir el fruto de su vientre sin detrimento de su honor, o una contagiada del mal venéreo u otro igual, no debe criar a sus hijos y está excusada de esta obligación. Pero en este caso se debe pulsar con mucho

28 *Epirota*: natural de Epiro, país de la Grecia antigua.

29 *Artabano*: rey persa.

30 Don Esteban Colomer (Ed. 1842).

tiento la elección de las nodrizas, y no dar al niño la primera que se halla a mano. «Cuando las madres no pudieren criar a sus hijos por alguna razón de primera necesidad, dice un sabio escritor de nuestro México,³¹ juzgo que deben buscarse unas nodrizas virtuosas y con proporción a la naturaleza del niño. Por lo que respecta a la pureza de costumbres, encarga san Jerónimo que no sea vinosa, ni lasciva ni patrañera. Plutarco y Ludovico Septalio quieren que las nodrizas sean de una complexión muy semejante a la de la madre; pero en especial que sean sanas y de buenas costumbres, apacibles, castas, sobrias y afables. La ley 3^o, tít. 7 de nuestro código español dice: *que deben darse a los niños amas sanas, robustas e de buen linage ca bien como el niño se gobierna e se cría en el cuerpo de la madre fasta que nace, otro si se gobierna y se cría del ama desde que le da la teta, fasta que gela tuelle, e porque el tiempo de la crianza es mas luengo que el de la madre, por ende no puede ser que no reciba mucho del contenente e de las costumbres de la ama*. No está la naturaleza un punto ociosa; pero la tiranía de muchas madres frustran sus fines con notable daño de la humanidad.

«Las nodrizas deben ser de veinte a treinta y dos años; la leche no ha de pasar de cuatro a cinco meses; que no hayan tenido partos difíciles; que tengan, si puede ser, el pelo negro o castaño; porque las rubias o azafranadas suelen tener la leche agria, dice Ballejerd,³² quien quiere que no tenga mal olor en la boca, y la dentadura blanca, y fuerte, pues esta es señal de buena linfa, y por consiguiente de leche muy buena.

«La leche, para ser buena, debe ser blanca, sin olor y de poco sabor, no muy aguada ni muy espesa, sino de un medio racional, pues será mala la amarga o salada, de color desigual, y muy espesa o muy delgada...

«Finalmente, del régimen de vida de las que crían depende generalmente la buena o mala constitución de los niños; pues se ha observado que aun los de complexiones más débiles y enfermizas se han restaurado con encomendarlos a una nodriza robusta y cuidadosa de sus obligaciones, lo que no se paga con ningún oro. Semejantes nodrizas deberían ser premiadas con un lugar distinguido en las familias, y aquellos niños que se han alimentado a sus pechos debían apreciarlas como a segundas madres, y protegerlas cuando crecen y se ven en unos puestos capaces de proporcionarles comodidades y descanso.»

Por el juicioso discurso de este escritor advertirás que hay ocasiones en que es indispensable el saberlas elegir adornadas de las cualidades dichas, o siquiera con las menos tachas que se pudiere.

Esta indulgencia se extiende a las madres que por una causa legítima no

31 El licenciado Barquera, en los Diarios de esta capital de diciembre de 1806 (Ed. 1842). José María Barquera es uno de los editores de *El Diario de México*, el primer diario de México. Escribió una serie de artículos relacionados con la educación. Es el primero en ocuparse específicamente de la educación de las mujeres en México. Lo citado aquí por Lizardi aparece en el ejemplar 173 de *El Diario*. Sus ideas respecto de este tema están basadas en sus lecturas de Aristóteles, Cicerón y Séneca entre los clásicos. Entre los modernos se destacan Muratori y especialmente Blanchard (Spell, 1926).

32 *Ballejerd*: Jacques Ballexserd; autor francés de *Crianza física de los niños desde su nacimiento hasta la pubertad* (1762), traducido en Madrid en 1765.

pueden criar a sus hijos; no a aquellas que por no acabarse, y por no ponerse descoloridas, sacan pretextos de debajo de la tierra, aparentando enfermedades que no tienen, lo mismo que para no ayunar las que pueden; y lo peor es que se hallan médicos liberalísimos para lisonjear con su opinión el deseo de las pretendientes. ¡Pobres médicos! No obstante, si tú quieres...

—¡Ay! no, ni pensarlo—decía la amante Matilde. ¿Yo había de abandonar a mi hija a otros brazos por no ponerme descolorida? Así entendiera morirme. Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos, la quiero más que nunca. Es imposible que mi hermana quiera a Pomposa como yo a esta peloncilla de mi vida.

Diciendo esto la apretaba y la llenaba de besos con la mayor ternura, y el coronel, rebotando la satisfacción que sentía en estas escenas, abrazaba a su esposa y la decía:

—Tú, sí, eres verdadera madre; tú, sí, cumples con los deberes de la naturaleza. Ella, yo y tu hija tenemos en ti el imán de nuestras delicias. La naturaleza humana reconoce en ti un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una amante y verdadera madre, bastante a desempeñar este sagrado título.

Así pasaron como dos años en la primera crianza de estas niñas, al cabo de los cuales observé lo que leeréis en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

EN EL QUE CONTINÚA LA MATERIA DEL ANTECEDENTE

Pasado el tiempo de la primera crianza, y despedida la nodriza, fue Pomposa entregada al cuidado o descuido de las pilmamas.³³ Como el fin era quitársela de encima a toda prisa, acomodó Eufrosina a la primera que se le presentó, y era una pobre indita como de ocho años, es decir, todavía necesitaba que la cuidasen.

A esta gran persona entregó Eufrosina su hija con la mayor confianza, y ya se deja entender qué segura estaría esta en los débiles brazos de una muchacha aturdida y de tan corta edad. Raro era el día en que no llevaba dos o tres golpes. Cada rato lloraba, y era la pilmama reñida con demasiada aspereza por Eufrosina, siendo así que toda la culpa era de esta, por fiar su hija al cuidado de una criatura que no sabía ni podía tenerla según era conveniente.

Una ocasión, estando Eufrosina en el estrado entretenida con sus visitas y la pilmama divertida con la niña en el balcón mirando un v́ictor,³⁴ o no sé qué friolera que pasaba por la calle, se empinó tanto en la verja para ver bien lo que quería, que colgándose demasiado la criatura, no pudo impedir que por su propio peso se le deslizara de los brazos y fuera a dar al suelo, en donde hubiera dejado los sesos con la vida, si por una casualidad no hubiera caído sobre un montón de lana que habían sacado a asolear unas pobres que vivían en la accesoria³⁵ que caía bajo del balcón.

Este afortunado accidente escapó a la niña de la muerte y de que recibiera el más mínimo daño.

No corrió igual suerte la infeliz María, que así se llamaba la pilmama, pues alborotada Eufrosina con el fracaso, y aun después de tener a su hija buena y sana en sus brazos, llena de la ira más necia e implacable, arrebató a la pobre muchacha, la arrastró por la sala, la pateó, la desgredió, y le dio tal tarea de golpes, que si no se la quitan las visitas la mata sin remedio.

Finalmente, la triste muchacha se levantó del suelo toda aporreada, hecha

33 *Pilmama*: del nahuatl *pilli*, hijo, niño, y *mama*, que carga; niñera.

34 *V́ictor*: letrero escrito directamente sobre una pared, o sobre un cartel o tablilla, en aplauso de una persona por alguna hazaña, acción o promoción gloriosa.

35 *Accesoria*: edificio contiguo a otro principal y dependiente de este.

pedazos y bañada en sangre, y tomó salir llorando de aquella funesta casa a curarse a la suya, dejando en poder de su ama su salario para siempre.

Eufrosina no se hizo cargo de que su imprevisión y su imprudencia fueron las que arrojaron a su hija del balcón, sino que lo atribuyó al descuido de la maldita muchacha pilmama, como solía decir, y conforme a este falso juicio, trató de que viniera otra, porque su hija le pesaba demasiado en los brazos. Para esto la encargó por todas partes, teniendo a lo menos el cuidado de solicitarla grande, para que no se volviera a repetir la amarga escena del balcón.

Es menester decir en este lugar, en obsequio de la piedad e ilustración de Eufrosina y sus visitas, que no se olvidó de dedicar a cierto templo un gran retablo representativo del milagro tan patente. Dije a cierto templo y no a cierta imagen, porque en el retablo estaban pintados diversos santos, según fueron los invocados por las visitas; porque después del lance se trabó entre ellas una disputa tan ridícula como acalorada acerca de quién había hecho el milagro; de suerte que cada una lo pedía para su santo, hasta que a pluralidad de votos se resolvió que todos se pintaran en el lienzo, y quedó el milagro en opiniones. ¡Contención pueril y propia de gentes que tienen poco conocimiento de su religión! En otro lugar explicaremos qué son milagros, cuáles favores, quién los hace y por qué.³⁶

En efecto, a los dos días acomodó Eufrosina a una pardita bonitilla, como de diez y seis años, muchacha muy viva y alegre, que cuando estaba delante de ella, que era muy rara vez, hacía a la niña mil mimos y zalamerías con que dejaba a su madre lela, y le dispensaba esta tanta confianza, que le permitía salir a la calle cuando se le antojaba, con achaque de divertir a la niña.

Cada rato estaba esta empachada, sin saberse por qué. ¡Ya se ve!, la pilmama nunca decía que le daba peritas verdes, tejocotes,³⁷ chicharrón, ni otras porquerías semejantes; pero así lo hacía, como lo hacen las muchachas para que la niña no llore, para que no se le salte la hiel o se le reviente un ojo. La pobre criatura comía aquellas golosinas perniciosas con la misma indiscreción con que se las daba la pilmama, y de repente perdía la gana de comer, padecía ansias, licuaciones, calenturas, meteorismos³⁸ o aventamientos y todos los síntomas del infarto.

Luego que se avisaba a la madre del estado enfermo de la niña, se congregaban las amigas viejas y mozas, y se comenzaba la ordinaria canción de —¡Virgen! ¿Qué tendrá la niña? ¿qué será esto? ¿qué habrá comido? ¿qué le has dado, Francisca?, etc.

Pasadas estas importunas exclamaciones, se resolvía por la junta de médicas que aquello era empacho, y se recetaba de palabra la col de China, el pollo prieto molido, el azogue, la manteca y otras drogas tan inútiles como sucias. El mal en mil ocasiones no cedía y era preciso recurrir al médico, quien

36 Ver Capítulo XXVII.

37 *Tejocote*: planta rosácea que da un fruto parecido a la ciruela, de color amarillo. Fruto de esta planta.

38 *Meteorismo*: abultamiento del vientre por gases acumulados en el tubo digestivo.

echaba mano del jarabe de durazno, oximiél escilítica³⁹, hipecacuana,⁴⁰ rui-barbo,⁴¹ tártaro emético y cuantos laxantes, vomitivos y purgantes consideraba útiles en el caso, a los que cedía el mal; pero apenas convalecía la niña, cuando recaía; así porque la pilmama no se abstenía de darle porquerías, como porque su estómago quedaba siempre más débil de resultas de la anterior enfermedad.

Así pasó esta pobre criatura su primera infancia, llena de achaques y dolencias, hoy con una pilmama y mañana con otra; y si tan mal le fue en su crianza física al lado de estas, ¿qué sería en su educación moral? Sin duda, debía ser conforme eran sus primeras ayas o cuidadoras con quienes estaba continuamente.

Unas eran soberbias, otras desvergonzadas, esta vengativa, aquella embustera y todas como se puede considerar. Con esto, de unas aprendió a llorar por cuanto quería y a enfadarse si no se lo daban pronto; de otras a levantar la mano para cualquiera; de otras, a pedigüeña; de otras, a remedar⁴² a todo el mundo y sacar la lengüita con mofa; de otras, a temer al coco, al viejo, a la bruja y a los aposentos sin luz, y de todas a ser, en cuanto su edad lo permitía, la muchacha más necia, atrevida y malcriada. Bien que todas estas pasaban por gracias entre sus padres, parientes y domésticos. Ya en el discurso de esta historia iremos viendo el fruto de este criminal abandono.

Muy diversa fue la conducta del coronel con su hija, pues le buscó para pilmama, no la primera que encontró, sino una niña decente, aunque pobre, humilde, bien criada y recogida, a la que ni él ni Matilde trataban como criada, sino como hija, ni se separaba de su vista para nada. Con esto sucedieron dos cosas muy interesantes. La primera, que la noble pilmama los amaba a ellos como a padres y a la niña como a hermana, y la segunda, que no tenía lugar de darle golosinas dañosas, ni de enseñarle vicios que ella misma ignoraba. Con estas precauciones se crió la niña buena y sana en el cuerpo, y libre de resabios antimorales en el espíritu, lo que fue principio de su felicidad, como veremos. ¡Tanto valen estos primeros cuidados en la infancia!

Frecuentemente decía el coronel a Matilde: —No puede reprobarse el uso de las pilmamas, porque aunque el cuidado de los hijos es privativo de las madres, no siempre estas tienen todo el lugar necesario para el caso y muchas veces les falta la aptitud que se requiere. Lo primero acontece a las pobres y lo segundo a las enfermas. Así es que se ven como obligadas a solicitar quien las ayude; pero cuando esto sea, deben, en cuanto esté de su parte, procurar que sus hijos se entreguen, no solo a una mujer juiciosa y capaz de encargarse

39 *Oximiél escilítica*: jarabe de vinagre y miel.

40 *Hipecacuana*: arbusto de la familia de las Asclepiadáceas, de hojas lanceoladas y lisas y flores de color de azafrán. Su raíz se usa como emético.

41 *Ruibarbo*: planta herbácea, vivaz, de la familia de las Poligonáceas. Vive en Asia central y la raíz se usa mucho en medicina como purgante.

42 *Remedar*: hacer las mismas acciones, visajes y ademanos que hace otra, generalmente con intención de burla.

de un cuidado como este, sino que, si es posible, se deben buscar para pilmamas mujeres de virtud y de talento.

Acaso te parecerá esto una nimiedad, mucho pedir y tal vez un imposible; mas no hay tal. Cualquier diligencia que se haga para esto, cualquier trabajo que se tome y dinero que se gaste no está por demás, considerando lo grande del objeto y las ventajas que se logran.

Se cree, y se cree mal, que las pilmamas solo deben servir para cargar y divertir al niño y no para enseñarle alguna cosa buena. Semejante equivocación hace que se valgan las madres de la primera que se presenta, aunque sea una muchacha pequeña, una enferma, loca, viciosa o necia, y este equivocado proceder hace que los niños se críen golpeados y enfermos, o que se contagien con alguna enfermedad peligrosa: esto lo demuestra la experiencia cada día. ¿Cuántas veces vemos a niños de padres robustos, llenos de sarna, granos, escrófulas,⁴³ jiotas,⁴⁴ etc.? ¿De dónde pueden adquirir estos males, sino mil veces de las pilmamas enfermas con quienes andan continuamente, duermen, comen y trasudan?

Ya ves aquí un principio de un mal físico, dimanado de la mala elección de las madres cuando tratan de acomodar en sus casas pilmamas para sus hijos. Pues de esta mala elección resulta también otro principio de mal moral. ¿Qué son por lo común las pilmamas? Cuando no sean viciosas, son demasiado ignorantes. Y ¿qué aprenderán los niños con la continuada compañía de una mujer llena de vicios, o de errores, o de todo junto? Seguramente todo, pues en los primeros años tenemos la aprensión muy viva y retenemos tenazmente y con gusto lo primero que oímos o vemos.

Aquella demasiada libertad que se concede a las pilmamas para que saquen los niños a la calle con el pretexto de que los diviertan y por no oírlos chillar, también es origen de mil daños, pues por un amor mal entendido les dan cuantas frutas y alimentos comen, sin distinguir lo verde de lo maduro, lo suave de lo de difícil digestión, ni lo sano de lo nocivo, y de aquí resultan también los granos, la sarna y los infartos repetidos.

Todavía sufren mayores perjuicios los niños abandonados a esta clase de libertad. Mordidas cariñosas, pellizcos de enfado, estrujones de venganza y golpes de accidente son los gajes que reciben casi siempre de sus buenas pilmamas. ¡Cuántos niños han sido tristes víctimas del descuido de las madres en esta parte y de la indolencia y perfidia de sus pilmamas! Un famoso médico de Edimburgo fue llamado a una de las principales casas de la ciudad para que curara a un niño de dos años, acometido de un terrible mal que no se conocía. Llegó el médico y halló al niño todo torciéndose, en un continuo grito, muy renegrido y casi con la convulsión de una mortal alferecía.⁴⁵ El médico le aplicó lo más específico del arte; pero todo su empeño y habilidad, toda la

43 *Escrófula*: tumefacción fría de los ganglios linfáticos, principalmente cervicales, por lo común acompañada de un estado de debilidad general que predispone a las enfermedades infecciosas y sobre todo a la tuberculosis.

44 *Jiote*: (México) enfermedad del cutis, que lo pone áspero y encarnado, causando picazón.

45 *Alferecía*: enfermedad, caracterizada por convulsiones y pérdida del conocimiento, más frecuente en la infancia, e identificada a veces con la epilepsia.

eficacia de los remedios y el cuidado de la madre fueron inútiles. El niño murió entre terribles ansias. Admirado el facultativo de la tenacidad del mal y deseoso de indagar la causa de su resistencia, hizo desnudar al niño, y le encontró en el espinazo clavado un fistol⁴⁶ hasta la cabeza. ¡Cuál sería entonces su asombro y cuánto el sentimiento de la madre al saber que la pilmama, por una cruelísima venganza, había cometido semejante atroz infanticidio! Tú eres madre, yo lo dejo a tu consideración.

Si un caso tan funesto fuera el único en su especie, se podría tener a dicha; pero son más frecuentes de lo que se piensa, aunque no sea con tan criminales circunstancias. En esta ciudad han volado de los brazos de las pilmamas a la calle algunas criaturas, de las cuales unas han muerto y otras han quedado lastimadas y contrahechas. Por meterse a ver un pleito una de esas pilmamas paseadoras, tocó al niño que llevaba una pedrada en la cabeza, de la que quedó en el sitio; otra, mientras reñía con una mujer sobre celos, puso al niño en el suelo y pasó sobre él a este tiempo un caballo y lo mató.

De estos ejemplos ha habido varios, y las madres no escarmientan. Deberían no apartar jamás sus hijos de su vista, y así los tendrían más seguros, más sanos y más bien criados.

Volviendo a Eufrosina, digo, que apenas cumplió los tres años su niña, cuando a pretexto de que ya era grandecita y perdía tiempo, la puso en la amiga,⁴⁷ y aun procuró persuadir a su hermana Matilde hiciera lo mismo con Pudenciana.

Pero Matilde, acostumbrada a no hacer cosa alguna sin el parecer de su marido, comunicó con este los consejos que le había dado Eufrosina, a lo que el coronel le contestó de este modo:

—Hija, no creas que tu hermana trata del bien de su niña, cuando la separa de su lado en una edad tan insuficiente para aprender, ni la mueve a esto el deseo de que sepa la doctrina cristiana, ni quitarla del sol, ni otra causa de las que alega. El deseo de su más completa libertad para prenderse⁴⁸ y pasear es el motivo legítimo que tiene para separar de sí a su criatura, y a ti te aconseja de igual modo, o para que estés expedita para acompañarla a sus bureos,⁴⁹ o para que tu diversa conducta no le sea una tácita reprensión.

Mas yo me hallo muy distante de conformarme con su modo de pensar en la materia. No, no enviaré a mi hija a la amiga tan fuera de tiempo. Estoy confiado en que eres buena madre y la quieres mucho, y por lo mismo no te será gravoso el cuidarla en tu casa, ni el sujetarte por ella o privarte de algunas diversiones.

—Ya se ve que no —decía Matilde—, yo lo haré de muy buena gana; pero me hace fuerza oír decir que tres años no es edad suficiente para enviar las

46 *Fistol*: (México) alfiler que se prende como adorno en la corbata.

47 *Las amigas*: denominación que recibía el sistema escolar en la cual una mujer le enseñaba a un grupo pequeño de niñas los rudimentos de lectura y escritura, la aritmética, la religión, la costura y el bordado.

48 *Prenderse*: Adornarse, ataviarse.

49 *Bureo*: entretenimiento, diversión.

niñas a la amiga; porque las he visto enviar más chiquillas, hasta de dos años; ¡ya se ve!, ¡qué digo de dos años, si las he visto destetar en la amiga!

—Yo no pongo duda en eso —decía don Rodrigo—, pero mientras menos edad tengan, menos tiempo es de enviar las criaturas a esas escuelas o casas de enseñanza. Solo en el caso muy apurado de que la madre sea muy pobre, sola, que tenga que buscar el pan y no pueda cargar con su hijo, ni tenga a quien confiarlo mientras vuelve, solo en este caso, digo, aprobaría yo que lo dejara en la amiga, porque esto era menos malo que dejarlo abandonado a su discreción; pero una mujer de proporciones como tu hermana no tiene culpa para hacer tales sacrificios solo por contentar su libertad.

Y no te escandalices de oírme decir que es sacrificio enviar a los niños a la amiga tan temprano, porque lo es en realidad. No lo diga yo; los médicos sabios y los documentistas sensatos son de este parecer; porque la imprudencia en que por costumbre, por necesidad o por ignorancia incurren las más o todas las maestras y maestros de tener sentados a los niños cuatro horas por la mañana y tres por la tarde, es a costa del sacrificio que sin malicia hacen de su salud.

No te admires, vuelvo a decirte. La constitución física de los niños en su tierna edad pide para su robusta formación respirar el aire más libre, hacer el mayor ejercicio y tener el espíritu tranquilo;⁵⁰ porque entonces es cuando sus fluidos⁵¹ necesitan circular con más rapidez para vigorizar las fibras, y que estas se desarrollen sin el menor embarazo; para esto es necesaria la buena digestión y transpiración, a la que coadyuva más que nada el ejercicio corporal y la quietud del ánimo; lo que no se logrará perfectamente atemorizando al niño, ni obligándolo a estar sentado mucho tiempo; pues semejante posición le es tan violenta como natural el estado de la acción y movimiento. En virtud de lo que te digo, mira tú si será un sacrificio el enviar a los niños tan temprano a esas amigas o casas de enseñanza.

—Estoy por convencerme —decía Matilde—, estoy por convencerme de estas razones, aunque no las entiendo bien. Solo quiero que me expliques ¿cómo es eso de que las criaturas están sentadas a fuerza y contra la naturaleza?, que eso pienso que quiere decir lo que me has dicho de que tal situación les es violenta.

—Mira —decía el coronel con gran cachaza—, ¿si a ti te obligaran a cuartazos o a regaños a andar brincando y saltando todo el día, lo hicieras de buena gana?

—Ni de buena ni de mala —decía Matilde riendo a carcajadas—. ¡Qué chula anduviera yo tan larga, y saltando y brincando sobre los canapés y sillas de casa lo mismo que una ardilla!

—Pero si te hacían saltar a fuerza ¿qué habías de hacer?

50 José María Sánchez de la Barquera había propuesto ya una reforma similar, basado en Blanchard y William Buchan en *El Diario*, Números 1018-1019 (Spell, 1926). El libro de Buchan, *Domestic Medicine*, se tradujo al español en 1785.

51 *Fluidos*: se aplicaba antiguamente a sustancias de naturaleza desconocida con que se explicaban fenómenos no bien conocidos físicamente.

—No, no saltaría —decía Matilde— aunque me mataran.

—Vaya, eso es decir, hija —contestaba el coronel—, eso es decir; pero el rigor obliga a mucho más. Aun concediéndote esa fortaleza, que no tendrías, los niños no son capaces de ella, porque ni su corazón ni su capricho pueden balancear contra el temor que les inspira la sola amenaza del castigo. Mas prescindiendo de esta fortísima razón, tú de liso y llano confiesas que te sería muy violento el saltar y brincar todo el día, y que ni aun oprimida por la fuerza lo harías, ¿no es esto?

—Así es —decía Matilde—, me sería, no solo violento, pero pesadísimo tal ejercicio, porque ya mi edad no es para brincar y saltar como perrito de faldas.

—Pues has caído —contestaba su esposo—, tan violenta es la quietud para un niño, como el travesear y corretear todo el día para un adulto. Cada edad tiene sus peculiares propensiones y apetitos. Es menester conocer esta verdad para ser más indulgentes con los hombres y mucho más con los niños.

—Yo convengo con tu parecer —decía Matilde—, pero pienso que, a pesar de las razones que alegas, estamos los padres de familia obligados a enviar a nuestros hijos cuanto antes a las amigas, o migas, o como las llaman, para que se instruyan temprano en la ley de Dios y para que aprendan a leer, escribir, coser, bordar y lo demás que deben saber según su clase; y esto creo que debemos hacerlo, aunque sea a costa de ese sacrificio que dices, y más que temen el enojo o castigo de los maestros; porque no me negarás que el refrán antiguo dice que la letra con sangre entra, y labor con dolor, y ya tú sabes que los refranes antiguos son evangelios chiquitos.

—No todos —decía el coronel—, es verdad que hay muchos proloquios⁵² comunes que incluyen unas sentencias morales o políticas, y que son, no solo ciertísimos, sino recomendables y santos; pero a la vuelta de estos hay no pocos que son unos desatinos garrafales y unos despropósitos que, sin más apoyo que la antigüedad de su origen, han hallado abrigo en muchas cabezas a la sombra de la ignorancia y la preocupación. Uno de estos es el que acabas de citar a favor de tu opinión. ¿Quién te ha persuadido, hija, de que la letra con sangre entra? Esta es una máxima tan falsa como cruel y tan impolítica como necia. Nada entra con sangre a los racionales; el rigor solo sirve de embrutecerlos, de agitarlos y envilecerlos. La experiencia diaria enseña que el muchacho muy regañado y muy golpeado, lejos de aprovechar lo que se quiere, por lo ordinario sale flojo y sinvergüenza y abandonado;⁵³ al principio teme mucho y se atolondra, después teme menos y se descuida de propósito, y últimamente no teme nada, odia a sus verdugos, y se hace el ánimo de no complacerlos en cosa alguna, solo porque ellos se lo mandan, y esto lo lleva a efecto a costa de su pellejo, mientras está en estado de sufrir, que en llegando a criar alas, levanta el vuelo, se sustrae del dominio de los que así lo han tratado, se entrega a rienda suelta a sus pasiones y se pierde sin remedio. A estos muchachos se conocen bien con el nombre de curtidos. ¿No es verdad? ¿No co-

52 *Proloquio*: proposición, sentencia.

53 Ejemplos similares que señalan oposición a los castigos corporales aparecen también en *El Diario de México*, números 45,46,86,87,110. (Spell, 1926).

noces algunos de los que se dice: ya este no le hace caso a los azotes, ya está curtido? Pues ya ves el fruto que se debe esperar de un tratamiento riguroso con los niños y cuán lejos está el imprudente castigo de facilitar su enseñanza. ¡Gracias a Dios que en el día ya se va conociendo esta verdad y se va desterrando de las clases y casas de enseñanza el rigor, el azote y la vileza, que por tanto tiempo se creyeron los medios más prontos, eficaces y seguros para enseñar a los niños.

—En verdad que estoy por convencerme —decía Matilde—, pero mis tías, mi hermana y las amigas de mis tías me dicen muy al contrario, esto es, que conviene educar a los niños muy temprano y tratarlos con la mayor severidad, si no se crían los muchachos malcriados.

—Nada más has hecho —respondió el coronel—, nada más has hecho que confirmar que estás preocupada en la doctrina que te han inspirado tu hermana, tus tías, y otras personas y viejas tan ridículas e idiotas como ellas.

Sé que hablo contigo, que me amas, te merezco buen concepto, y al fin te has de adherir a mi opinión, por eso me explico con tanta sencillez; pero no quiero que por amor o por respeto coincidas con mis ideas, sino persuadida por la razón, la experiencia y la autoridad.

Por la razón debes convencerte de que los niños racionales no se deben enseñar como si no lo fueran, igualándolos al elefante, al perico, al oso, al mono, al caballo, al perro y a otros brutos, a quienes también se enseñan muchas cosas, o por medio de la industria tenaz o por el del castigo sin regla; pues vemos que los niños aprenden mil cosas muy breve, aun cuando no se emplean para ello estos dos medios destinados privativamente para los brutos.

Esto que la razón dicta, también lo confirma la experiencia. Tú misma sabes cuántas monaditas enseñaste a tu hija siendo tiernecita, y aun cuando ni sabía hablar ni entendía mejor que ahora lo que le enseñabas; y sin embargo, admirabas la prontitud con que aprendía a hacer mil monerías, y las aprendía a hacer breve y sin que empleases para ello ninguna severidad; luego el rigor y el castigo no es el único ni el mejor medio para enseñar a los niños, pues vemos que estos aprenden sin él.

—Bien está —decía Matilde—, pero si mis tías dicen que no se puede menos y que ya tardamos en enviar a la amiga a Pudenciana, porque mientras más grande sea más trabajo costará que aprenda, ¿qué quieres que yo diga, cuando sabes que mis tías son unas señoras muy cristianas, prudentes y sabias, y sobre todo ya tan ancianas, que es fuerza que sepan más que yo, porque la experiencia y el mundo que tienen las ha enseñado?

—¡Válgate Dios por experiencia! —decía el coronel—, ¡válgate Dios por experiencia, por mundo y por viejas que te tienen preocupada! Yo conozco que eres dócil; pero por desgracia sorprendieron esas señoras y otras personas vulgares tu docilidad a su favor desde tus tiernos años, y te llenaron la cabeza de mil preocupaciones e impertinencias, de que no es muy fácil te desprendas.

No me admiro de que así te haya acontecido, ni eres tú sola la que cae en estos lazos. A muchas personas conozco contagiadas de esa misma peste; pero ¿qué personas? De aquellas que se llaman gente decente, y que huyendo de ser y parecer vulgares por su nacimiento, educación y destinos, lo son, a su pesar, por sus opiniones e ignorancia.

Ello es un mal más común de lo que se cree, y cuando las preocupaciones se maman con la primera leche cuesta mucho trabajo abandonarlas; a veces se resisten a toda persuasión, y entonces la enfermedad es incurable.

Yo no desespero de curarte de esta, pues te he curado de otras necedades que te habían inspirado las mismas maestras. Mira, hija: la primera preocupación o engaño en que vives es pensar que tus tías y cuantos viejos y viejas te dicen alguna cosa son sabios y que en fuerza de sus años no pueden engañarte ni engañarse. Este es un error tan común como craso.

Es verdad que los viejos son dignos de la veneración de los mozos, y así se lo debes inspirar a tu hija, porque tal respeto es un homenaje debido a la vejez. También es cierto que debemos escuchar a los ancianos con atención, pues por lo ordinario hablan con juicio y madurez, y aun cuando carezcan de principios científicos, realzan y autorizan su conversación con hechos indubitables de que tienen suficiente experiencia.

Todo esto es cierto; pero no lo es menos que estas no son reglas generales, antes bien, tienen mil excepciones. Todos los días y en todas partes vemos viejas y viejos necios, supersticiosos y embusteros...

—No —decía Matilde—, mis tías no son embusteras ni supersticiosas. Yo las tengo por muy buenas cristianas. ¡Ojalá fuera yo como ellas!

—No te enojas, hija —respondía el coronel—, yo no hablo precisamente de tus tías. Las conozco y las amo. Sé que son muy buenas señoras, y que si te han metido en la cabeza algunas vulgaridades, no ha sido por malicia, sino por falta de instrucción; pero de cualquier modo te han perjudicado.

Ya ves que para romperte la cabeza lo mismo será que te den una pedrada por dar a otro o que te la disparen con puntería, y el médico que desee curarte se hará cargo de la incisión sin necesitar saber cómo te dieron la pedrada. ¿No es esto?

—Es así —decía Matilde—, ya te entendí; pero ¿a qué viene eso?

—A hacerte ver —respondía don Rodrigo— que no debemos creer a puño cerrado todo cuanto nos digan todos los viejos solo porque son viejos; pues así como la verdad no pierde nada en boca de los niños, así el error y la mentira no dejan de serlo en boca de los viejos; y tales hay que, sin embargo de sus canas, son harto necios, supersticiosos y embusteros, según te acabo de decir y como tú misma lo habrás experimentado por tus ojos. Acuérdate cuántas veces has criticado conmigo las conversaciones de don Tadeo y doña Sinforosa.

—Bien me acuerdo —decía Matilde—, pero esos señores son insufribles. A

cada paso sacan lo de su tiempo, y nada de lo del nuestro les contenta. Son como aquellos que no saben alabar más que su tierra y apodan cuanto ven en otra. ¿Quién ha de tener paciencia para oír hablar siempre de pretinas, bigotes, guardapiés, cofias, cotillas y dengues, apocando de paso los túnicos,⁵⁴ tápalos,⁵⁵ mantillas y cuantos trajes se usan en nuestros días? ¿Ni quién ha de creer que antes eran los hombres más justos y las mujeres más recatadas que hoy, como nos quiere persuadir don Tadeo? Tú me has dicho, y yo lo creo porque me lo has hecho ver, que el mundo siempre ha sido mundo y que desde su principio rompieron los hombres en maldades, han seguido y no cesarán de ellas hasta que arda todo como Troya.

También me has dicho que siempre ha habido hombres timoratos y mujeres arregladas; que al variar de vestir, comer, etc., se le ha llamado *moda*, y que esta variación ha sido muy continuada en las más partes de la tierra, especialmente en la Europa... En fin, me has dicho tanto, que ya no me acuerdo; pero he quedado asegurada de que don Tadeo es un tonto y la buena vieja de su mujer otra simple.

—No me disgusta ese concepto que te has formado de ellos —decía el coronel— porque el hombre o mujer que por capricho, pasión, o ignorancia pretende que le crean un absurdo sobre su palabra, merece que le tengan por un tonto. Pero dime: ¿qué juicio has formado del maestro barbero de casa? Este a lo menos no te deberá tan mal concepto.

—¿Cómo no? —decía Matilde riendo de muy buena gana—. Ese pobre abuelo me debe peor concepto, porque, no solo lo tengo por tonto, sino por mentiroso. ¡Jesús, qué hombre!, no tiene palabra de verdad, y luego cuenta unos cuentos y unas mentiras impasables.

—Pero eso lo cuenta por divertirnos.

—¡Qué por divertirnos! ¿no ves qué formal se pone y cómo se enoja cuando le digo que es mentira lo que me cuenta y que no lo creo? Pues una vez que se incomoda porque no lo creo, es prueba de que quiere que trague sus mentiras por verdades. Yo ya ni le contesto; me enfada mucho un viejo majadero.

—¡Ah! ¿conque tú conoces algunos viejos tontos y majaderos cuyas conversaciones te disgustan y cuyas patrañas te enfadan? —decía don Rodrigo prosiguiendo—. Después de todo, hija, tú tienes razón. ¿Qué dijeras si supieras que el mismo Dios por el Eclesiástico nos dice que tres cosas abomina y detesta de todo corazón, a saber: el pobre soberbio, el rico embustero y el viejo fatuo e insensato?

Conque ya estamos en que hay viejos tontos, majaderos y viciosos. Ahora ¿en qué piensas consiste que haya tal clase de viejos, que no son muy pocos?

—No sé —decía Matilde.

—Pues sábetelo que no consiste en otra cosa, sino en que de mozos no cul-

54 *Túnico*: (México, Colombia y Honduras) túnica que usan las mujeres. Ya en 1806 el *Diario de México* había publicado esta prenda de estilo imperial a la que consideraba impúdica y representante de una nueva cultura de consumo a la que estaban expuestas las mujeres (Jean Franco, 1984).

55 *Tápalo*: (México) chal o mantón.

tivaron ni la ciencia ni la virtud. Cuando jóvenes despreciaron los libros, mofaron a los sabios, huyeron de los arreglados y timoratos; y así, por necesaria consecuencia, cuando viejos, unos son unas máquinas semovientes,⁵⁶ y otros (estos son los peores) sobre necios, son unos viejos escandalosos y detestables, que tienen que sufrir infinitos desprecios y burletas⁵⁷. ¡Justo castigo de su pereza y abandono!, porque lo que se siembra en la mocedad eso se cosecha en la vejez, y esta suerte corren las mujeres lo mismo que los hombres.

—Todo está muy bueno —decía Matilde—, estoy convencida de esas verdades; pero ¿a qué ha venido toda esta charla? Comenzamos por los niños y hemos acabado por los viejos.

—Esto es lo que sucede diariamente en las conversaciones familiares —decía don Rodrigo—; se comienzan por una cosa acaban por otra muy distinta; pero yo ahora no he perdido de vista el asunto principal de la nuestra. Cuanto hemos hablando se ordena a enseñarte que así como hay viejos sabios, hay viejos ignorantes pues nadie adquiere talento, virtud ni erudición solo por haber nacido antes que otros.

—¿Eso quién te lo niega —decía Matilde—. Ya sabemos que el que de mozo no se instruyó, de viejo será un necio como un cualquiera, sin que sus años le sirvan de otra cosa que de acusarlo de su inaplicación o pereza.

—Pues me alegro de que te halles penetrada de estas verdades —decía don Rodrigo— y según ellas, desde luego no creerás cuanto te han contado ni te cuenten tus tías, solo porque son viejas; porque no debemos cautivar nuestro entendimiento a la sola autoridad, si no hallamos apoyo en la razón o en la experiencia. Solo en materias de fe no cabe esta regla, pues debemos sujetar el juicio a la revelación de que tenemos noticia por una tradición antigua e inalterable; circunstancia que, aun según el criterio humano, apoya con mucha solidez la verdad de nuestra religión. Quizá otra vez te hablaré de estos más despacio. Por ahora, repito que solo en materias de fe hemos de creer con sujeción a la autoridad; pero en materias humanas somos libres para examinar si puede una cosa ser verdad o no, sin miramiento alguno a la persona que lo dijo; y cuando la razón o la experiencia nos persuadan que es falso lo que nos han dicho, no solo podemos, sino que debemos despreciarlo, sea cual fuere el autor de la tal patraña.

Mas cuando la cosa que nos dicen se halla, además de confirmada por la razón y la experiencia, recomendada por la autoridad de los sabios, entonces seremos insensatos o locos si queremos resistirnos a su creencia. Por ejemplo: si yo quisiera persuadirte de que no se debe castigar a los niños con dureza, con venganza ni frecuencia, porque tal modo solo sirve de hacerlos estúpidos, sinvergüenzas e incorregibles, y esto quisiera yo que lo creyeras, solo porque soy coronel y tu marido, sin darte otra razón, sería una necedad mía, y tú no deberías creerme, si tenías otras ideas que te convencieran de lo contrario; pero si después de haberte señalado la causa de lo que te digo, por la razón y

56 *Semoviente*: que se mueve por sí mismo.

57 *Burletas*: burlas.

por la experiencia, añadiera las autoridades de un Cicerón, de un san Jerónimo, de un Blanchard⁵⁸, de un Fenelón⁵⁹ y de otros varios, que van conformes con que el tratar a los niños con una imprudente severidad, no solo es inútil, sino pernicioso; en este caso, digo, ya no tienes ningún fundamento para dudar de mi opinión, porque la ves corroborada por la razón, la experiencia y la autoridad. Entonces ya me debes creer, y abandonar como boberías las máximas de tus venerables tías, reírte de los refranes vulgares, estar entendida de que ni la letra, ni la labor ni nada entran con rigor, mejor que con la suavidad y el cariño, del que se debe usar más liberalmente con las niñas, en atención a su complexión más delicada, a su pudor y timidez. Y descansando en estos racionales sentimientos, procurarás desde luego educar a Pudenciana según mi modo, sin sujetarte a otro alguno contrario. ¿Qué te parece? A esto ha venido toda la conversación de los niños y los viejos. ¿Qué dices?

—¿Qué he de decir —contestaba Matilde— sino que estoy perfectamente convencida de cuanto dices? La verdad tiene un poder irresistible. Desde hoy escucharé a mis tías y a las que no sean mis tías con más cuidado; reflexionaré en lo que me cuenten; haré lugar a la razón con imparcialidad, y si ella se declarase en su contra, despreciaré sus cuentos, me reiré de ellos, y no los creeré aunque sus autores tengan más canas que cabellos. Pero hablando de aquellos muchachos duros y sinvergüenzas para quienes son inútiles los consejos, y acaso pernicioso el castigo, dime ¿qué se debe hacer con ellos?, ¿se han de dejar impunes sus delitos?, ¿se han de dejar perder porque no les aprovecha el castigo?

—No se puede aconsejar tal cosa —decía el coronel—. Yo bien sé que hay muchachos que desprecian los buenos ejemplos y consejos, se burlan de las amenazas y se obstinan con el castigo. ¡Infelices! Para estos ninguna educación es buena, por prudente y eficaz que sea. En tal caso, a mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si son hombres, ponerlos al servicio del rey, pues en la tropa si no adquiriesen luces ni virtud, serán menos viciosos públicos, cuando no por voluntad, por el temor de las penas que prescriben las ordenanzas contra los que faltan a la subordinación debida a los que los mandan; y si son mujeres, recluirlas en un colegio o monasterio en la clase que se pueda, según las proporciones de los padres, esto es, como niñas o sirvientas, pues a lo menos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupación, acaso gastarán algún tanto su inclinación perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretener el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho o muchacha de maldita inclinación, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se extravían y se pierden de día en día. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos y pedir a Dios por ellos.

58 *Blanchard*: Jean Baptiste Blanchard (1731-1797). Educador jesuita. Ver Introducción.

59 *Fenelón*: François de Salignac de la Mothe-Fénelon (1651-1715). Moralista francés, autor de *Tratado de la educación de las niñas* (1687) La obra fue traducida al español por D. Remigio Asensio.

—Lástima me dan —decía Matilde— semejantes hijos, y más sus infelices padres, pero creo cuanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convenzas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

—Esa docilidad de carácter que tienes —decía el coronel— es una señal segura de talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones, para que las ejercites con fruto en la educación de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo, aunque muchacho, me engolosinaba en oírlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de semejantes asuntos; me amaban como hijo y yo amaba a su niña como si fuera mi hermana.